

**L**udivina y otros cuentos, de Melchor Mendivil Castro, es una extraordinaria compilación de cuentos, en los que se describe a la perfección la fortaleza, la lucha y la alegría, así como la vulnerabilidad y la fragilidad humana, todo esto detallado al estilo coloquial y ameno muy característico de su autor, dejando siempre un mensaje de optimismo y esperanza.

Con ellos nos transporta a momentos y situaciones ya poco vividas en la generación actual, y nuestro autor, siempre convencido de que todo lo que uno escribe, sea bueno o malo, forma opinión ante el público, nos congratula con estos relatos que de manera humorística nos hacen ver realidades y sueños. Nos deja muy claro que así como para él “Siempre hay una razón para escribir”, para quienes tenemos el gozo de leerlo “Siempre hay una razón para leer”.



Melchor Mendivil Castro **Ludivina y otros cuentos**

# Melchor Mendivil Castro

## Ludivina y otros cuentos



**Colección Bachiller**  
Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa



Rescate histórico





Melchor  
Mendivil Castro  
**Ludivina y otros  
cuentos**

**LIC. QUIRINO ORDAZ COPPEL**

Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

**LIC. GONZALO GÓMEZ FLORES**

Secretario General de Gobierno

**DR. JOSÉ ENRIQUE VILLA RIVERA**

Secretario de Educación Pública y Cultura

**MC. SERGIO MARIO ARREDONDO SALAS**

Director General de Colegio de Bachilleres  
del Estado de Sinaloa

**PROFRA. LETICIA SERRANO SÁINZ**

Secretaria General de Colegio de Bachilleres  
del Estado de Sinaloa

**LIC. YAHAIRA SHANTAL LÓPEZ ÁLVAREZ**

Directora de Extensión de la Cultura

**Consejo Editorial**

MC. Sergio Mario Arredondo Salas

Dr. Juan Ramón Manjarrez Peñuelas

Dr. Francisco Padilla Beltrán

Dr. Ernesto Sánchez Sánchez

Dra. Rosa María Estrada

Dr. Teodoso Navidad Salazar

Dra. Lydia María López Barraza

M. Ed. Yahaira Shantal López Álvarez

**Ludivina y otros cuentos, Melchor Mendivil Castro**

Primera edición de Cobaes 2018

© *Derechos Reservados. Edición. Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa*  
*Culiacán Rosales, Sinaloa, septiembre de 2018*

Av. Independencia No.2142 Sur. Col. Centro Sinaloa, C.P.80129,  
Culiacán, Sin. Tel. 01(667)758-68-30

ISBN en trámite



**Colección  
Bachiller**  
Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa

Edición a cargo de la Dirección de Extensión de la Cultura  
Edición con fines culturales, no lucrativos

Cuidado de la edición: *Jesús Hidalgo Mendoza*

Maquetación: *Gilberto Cobarrubias Rodríguez*

Diseño: *Ito Contreras*

Hecho en México / Printed in Mexico  
Versión digital en [www.cobaes.edu.mx](http://www.cobaes.edu.mx)

*A mis hijas:  
Rebeca, Gloria Artemisa, Ana  
Luisa Y Lilia Susana*

*A mis nietas:  
Mariana, Andrea y Elena María*

*A ellas que con amor llenan cada  
día ese vacío en mi corazón.*



## Prólogo

**R**esulta un poco difícil de entender porqué a una persona en su mayoría de edad le entra el gusanito de escribir cuentos y relatos aunque ya no comprenda mucho acerca de la generación en que vive.

Decía Oscar Wilde que los cuentos con moraleja son peligrosos, cosa que cuando yo era joven no alcanzaba a comprender hasta que empecé a escribir por espacio de 25 años artículos de fondo para diversos diarios y descubrí que todo lo que uno escribe, sea bueno o malo, forma opinión ante el público, y el escritor tiene que buscar elementos para defenderlos, aunque a veces recurra a relatos olvidados o a la metáfora.

En los siguientes relatos encontraremos en “Ludivina” una mujer fuerte, bella y franca que revelaba placer y felicidad contagiando a todo el barrio con su risa, ocultando sus secretos y; en “Los valientes”, al capitán que espera el combate mientras suspira por su mujer y su hijo.

En "Una inútil carta de amor" una cruel broma derrumba los sueños de una feliz pareja con trágicas consecuencias, mientras que en "La banda de los roba pantalones" se relata de una manera humorística el progreso desmedido de una región.

Un asesinato cambia drásticamente la vida de tres adolescentes en "Veinte centímetros de fatalidad" frustrando sus planes y sus ilusiones y los de las personas que los rodean.

Un hombre que conduce en su coche a sus hijos a la escuela, es infraccionado y su vida cambia radicalmente.

Con base en la vieja historia "El tiempo dará lugar" escuchada cien veces, una pareja de enamorados espera su destino en la selva, pero la historia no se adapta a sus sueños.

El relato "Cuentecito navideño" nos hace poner los pies en la tierra y no esperar milagros inesperados.

En "La patética lucha de Ambrosio Avendaño contra el Don" un hombre sostiene una lucha absurda contra la pérdida de su juventud, mientras que una jovencita aprende que "Siempre hay una razón para escribir.

Una frase dicha al descuido puede desatar una tragedia como se demuestra en el relato "Tierra en los ojos".

Siempre es deprimente ir al Seguro Social y conversar con otras personas mientras a un lado pasa un río de dolor, aunque a veces uno se sorprende con estas "Conversaciones en el IMSS".

Es muy difícil hacer realidad las ilusiones, pero es más difícil llenar una "Canastita de ilusiones".

Tal vez resulte poco común que pasados los setenta años, un hombre se dedique a escribir cuentos en lugar de leerles relatos infantiles a sus nietas. Pero tengo un precedente en Bertrand Russell que a sus ochenta años hizo a un lado la Filosofía Matemática y sus ensayos ganadores del premio Nobel, y se dedicó a escribir cinco novelas con resultados sorprendentes aclarando que las había escrito por el solo placer de escribirías. Desde luego que la diferencia es abismal y me dedicaré a leerles a mis nietas.

**M. M. C.**





## Los valientes

**P**or allá por el año de 1978 fuimos informados por el gobierno acerca de la abundancia petrolera de nuestro país y se nos dijo que teníamos que prepararnos para administrar nuestra riqueza.

Inmediatamente, viendo que nuestros gobernantes despilfarraban ese potencial a manos llenas, a todos los mexicanos nos acometió un frenesí de derroche y llevamos hasta el tope nuestras tarjetas de crédito que anteriormente habíamos manejado con tanta prudencia y empezamos a comprar lujosos automóviles, casas palaciegas y bienes de consumo que no necesitábamos. Pero no importaba, pues nuestros políticos nos decían una y otra vez que todo ese bienestar era el producto de la gloriosa Revolución Mexicana. Pero cuando todo se desinfló como una burbuja de jabón, y todos quedamos hundidos en un mar de compromisos imposibles de pagar, nadie nos explicó que la verdadera Revolución Mexicana, ganada a costa de tanta sangre; de tantos sacrificios y tanta desolación, nada tenía que ver con la corrupción, la ineptitud y el derroche de un régimen que de la noche a la

mañana nos hizo perder la inocencia y nos hizo encarar la realidad.

En 1980, el taller mecánico del maestro Manuel era la Meca de todos aquellos desocupados que aspiraban a resolver los problemas del país. Ahí se reunían docenas de haraganes amigos del maestro o amigos de los amigos que poco a poco iban haciendo mayoría, los cuales, con una cerveza en la mano, aportaban una solución diferente para cada una de las dificultades por las que pasaba nuestra nación.

Todos los temas se tocaban en el conocido taller y nada era ajeno al análisis de aquellos aguerridos tomadores de caguamas y de ballenas. Ahí se concentraban ingenieros agrónomos desocupados por la falta de trabajo en el campo convertidos ahora en doctores en economía; agentes vendedores de refacciones automotrices que hacían su recorrido en tiempo record por la falta de clientes en sus negocios y se transformaban ahí en licenciados en ciencias políticas; requeridores de impuestos que llegaban al taller a refrescar sus cansados pies y sus gaznates mientras alardeaban de su profundo conocimiento de la administración pública al mismo tiempo que presumían de lo que ellos harían si estuvieran en el poder, y docenas de personajes golondrinos que llegaban descaradamente a tomar cerveza gratis y a disfrutar de las picantes anécdotas que en el taller se contaban. Todo esto sin contar a los clientes que esperaban pacientemente a que se les entregara su vehículo ya reparado, y a los oficiales mecánicos, a los ayudantes y a los chicharitos que lavaban tuercas y tornillos.

En un taller mecánico hay dos elementos imprescindibles y que no pueden faltar en un negocio de esa naturaleza: un radio sintonizado a todo volumen en la estación más rancherita, y una colección de almanaques en los cuales las fechas que marcan no tienen importancia, sino las bellas y turgentes modelos ataviadas únicamente con un moño en la cabeza, siendo los más solicitados aquellos almanaques que constan de cuatro hojas con sus correspondientes

tres meses en cada una, los cuales, después de mostrar en el primer trimestre a una bellísima chica relativamente cubierta para consumo de damas y niños, nos ofrece la promesa de los siguientes cromos, cada vez más candentes, hasta llegar a la modelo del último y esperado trimestre, que en una espectacular y explosiva composición nos ofrece a la vista a una exuberante modelo sin siquiera el moño en la cabeza.

Un día de aquel año, en el taller del maestro Manuel se discutían las más descabelladas ideas para salvar al país de sus calamidades y del desastre que se avecinaba. Unos contemplaban la implementación inmediata de los planes quinquenales tan de moda en la Unión Soviética, mientras que otros demandaban la urgente privatización de todos los servicios en beneficio de los capitalistas, sin que ninguno tuviera en cuenta que todo debería de empezar con la verdadera democratización del país.

De pronto, la radio dejó de transmitir corridos de unos Tigres que glorificaban al narcotráfico y a los narcotraficantes y comenzó a emitir un programa en el cual se enfrentaban en un debate dos candidatos que se disputaban —echando mano de un mismo discurso—, algún puesto de elección popular.

“Mi partido —decía uno— se nutre de los sacrosantos preceptos de la revolución siguiendo la mística de Emiliano Zapata y de Francisco Villa que dieron su vida por defender al peón. Somos descendientes directos de los héroes de esa lucha y heredamos el coraje y la valentía de aquellos que nos dieron patria.” Y siguió repitiendo una sarta de lugares comunes que venían acuñando durante décadas y repartiendo promesas imposibles de cumplir.

—¿Qué sabe él de valor, si solo conoce el olor de la pólvora cuando queman el castillo el 16 de septiembre?— preguntó Rigoberto, un vecino dueño de una vulcanizadora. Era un individuo con una sucia camiseta arriba de su abultada barriga y eternamente manchado por el hule de las llantas con las que trajinaba.

—Si oyera el tronar de una 30-30 se moriría de miedo y correría a esconderse como conejo asustado—dijo con una carcajada el requeridor de impuestos, mientras escanciaba otro vaso de cerveza de la botella más próxima.

—Yo creo que el valor no se gana en las batallas—dijo el maestro Manuel, que poco participaba en las pláticas de sus bohemios amigos-, sino que ya se nace con el—.Y concluyó, categórico—: el que es valiente, es valiente.

—El valor es algo muy relativo y tiene mucho que ver con la responsabilidad y el honor—, dijo una voz que salió del fondo del taller.

Era un hombre muy viejo que aparentaba unos 85 años, que estaba sentado en una vieja mecedora y en quien nadie se había fijado, a excepción del maestro Manuel. Había llevado a reparar al taller una vieja y discontinuada camioneta marca "Fargo", posiblemente un deshecho de la Segunda Guerra Mundial, y había estado esperando que le adaptaran una pieza del carburador puesto que la original hacía mucho que no se fabricaba, y se había dejado arrullar en una especie de somnolencia por la algarabía y las necesidades de los desocupados. No obstante la edad que aparentaba se miraba fuerte como un roble y en pleno uso de todas sus facultades.

Pronto se vio rodeado por el círculo de pícaros que adivinaron algún relato que los haría pasar otro rato agradable y ya sea por hastío o por recordar sus propias vivencias ya tan lejanas, el hombre relató una historia que tal vez ya habría contado muchas veces, o que tal vez la hubiese guardado como un recuerdo íntimo, acerca del valor y del honor. Prendió un cigarro Delicados, aspiró hondo la primer bocanada y tosió estrepitosamente, y luego comentó que no sabía qué le dolía más: si las ocho heridas de bala que traía en el cuerpo como un trofeo de sus años de revolucionario, o ver a su país y a su partido hundido en un mar de demagogia y corrupción.



Dijo llamarse Epifanio Ramírez y su historia no era diferente a la de tantos jóvenes que en los principios de la revolución habían tenido que huir al monte para evitar ser levantados por la leva y que prefirieron unirse a los grupos de rebeldes que se levantaban en armas por todo el país.

Cuando quemaron el rancho y a su padre se lo llevaron preso dizque por tener ideas revolucionarias y ayudar a los maderistas, él pudo escapar y esconderse en el gallinero de la humilde casa de su novia Rosario. Esa noche, ella le llevó a escondidas un envoltorio con tacos y un bule con agua y quedaron en que él se uniría a los alzados en armas y volvería por ella en cuanto pasara la bola.

Rosario tenía la piel blanca y los ojos claros que tienen las muchachas de los altos; la boca roja y carnosa y una mirada llena de amor que lo ofrecía todo y esa noche sus cuerpos jóvenes se entregaron para sellar un pacto de amor aunque sabían que en aquellos momentos el amor no tenía nada que ver y aquel acto era solamente un compromiso largamente deseado bajo aquellas inciertas circunstancias. Él no le prometió volver porque era ya un hombre a quien el destino tal vez no le permitiría cumplir sus promesas y ella lo miró y en sus ojos él leyó la aceptación de tantas mujeres que colmarían de tristeza la superficie de un país que nunca había tenido derecho a ser feliz. En la madrugada, Epifanio dejó el improvisado y tibio lecho en donde su amada dormía con una sonrisa en los labios y cruzando las trancas del corral se perdió en la bruma que empezaba a levantarse sobre el arroyo, y tiempo después, en aquella otra madrugada en que esperaban el inminente ataque de las fuerzas del gobierno el recuerdo de Rosario y la evocación de aquellas últimas horas lo hicieron olvidar cualquier sentimiento de honor y de valor y solo deseó intensamente estar entre sus cálidos brazos y se preguntó con amargura si aquella entrega habría tenido consecuencias y pensó con tristeza infinita que tal vez jamás lo llegaría a saber.

-- o --

Epifanio conoció a Nabor García cuando este era apenas un jovencito de escasos dieciséis años y aunque este no sabía leer ni escribir era el asistente de todas las confianzas del capitán Armendáriz.

Entre los dos surgió inmediatamente una amistad nacida del temor y la incertidumbre de dos muchachos que no entendían porqué, amparados por una relativa lejanía, tenían que matarse a balazos miles de hombres que nada ambicionaban y que compartían el mismo idioma, los mismos usos y costumbres así como los mismos huaraches y la misma manta y mezcilla con que confeccionaban sus humildes prendas de vestir. Y se preguntaban cómo era posible que en lugar del agua de los ríos fuera su propia sangre la que regara los surcos a sabiendas de que una vez terminada la contienda, volverían a encontrarse en la parcela sin saber que aquel incógnito compañero de labores alguna vez estuvo a punto de clavarle una bala de Mauser en el corazón.

Nabor García creía más en el honor que en el valor porque así se lo hizo entender el capitán Alberto Armendáriz aquella noche de agosto de 1914, mientras con su tropa esperaban en la noche calurosa el ataque que al amanecer lanzaría el ejército huertista que trataría de recuperar con todo lo que tenía, aquel poblado que las fuerzas obregonistas habían tomado hacía apenas tres días. Era un poblado polvoriento y sin ninguna ventaja estratégica, pero en todo el país se peleaba cada palmo de terreno a veces solamente por cuestión de orgullo, sin importar las miles de vidas que costaba aquella contienda que poco a poco se alejaba del espíritu de justicia social que la había impulsado, para convertirse en una lucha por el poder, sin que importara la traición y el asesinato.

-- o --

Nabor García conoció a Alberto Armendáriz en el campo de batalla sin imaginarse que la vida uniría sus destinos más allá de la revolución.

Alberto Armendáriz descendía de una familia de grandes hacendados y se unió a la contienda revolucionaria tratando de salvar sus bienes que estaban en peligro de ser expropiados. Se unió a la causa dando muestras de una clara inteligencia y de aquel valor a toda prueba que lo hizo distinguirse y alcanzar muy pronto el grado de capitán. El joven Nabor, impresionado con el valor y el arrojo de aquel hombre, se convirtió en su asistente y logró conocer sus más recónditos pensamientos y aprendió de él que el valor era solamente algo muy relativo y podía perderse en un instante, mientras que el honor y el valor de la palabra empeñada podía llevar a una persona a cometer actos de heroísmo. Y años después, cuando necesitó un asidero en su vida, no dudó ni por un momento en solicitar su ayuda.

En aquella noche de agosto los hombres se encontraban preparados para repeler el ataque que sin duda se llevaría a cabo con las primeras luces del amanecer. Nadie abrigaba muchas esperanzas de sobrevivir pues aunque se encontraban perfectamente pertrechados, no ignoraban que las armas y el número de hombres con que contaba el enemigo eran infinitamente superiores. Aun así, estaban dispuestos a defender el poblado hasta el último hombre. Y el capitán Armendáriz fumaba en silencio mientras esperaba la aurora y se preguntaba qué estaría haciendo en su oficina de la ciudad de México el general Hermenegildo Martínez.

El viejo general había enviado a su hijo, el joven capitán Julián Martínez con la misión de recuperar aquel miserable agujero perdido en algún lugar del noroeste de México, y aunque estaba seguro de la capacidad de su hijo en el combate, conocía perfectamente la inteligencia y el valor del capitán Armendáriz y sabía que no habría cuartel en aquel combate, y aunque estaba al tanto de la capacidad numérica de su ejército y de un mejor equipamiento de armas, no ignoraba que la batalla se pelearía hasta el último hombre. Y Alberto Armendáriz pensó que en ese momento el general Martínez estaba desgarrado interiormente por el destino que esperaba a su hijo.

Aquella noche su asistente Nabor García le preguntó al impenetrable capitán cómo le hacía para tener esa serenidad y esa valentía ante el combate y fue cuando el capitán le contestó que la valentía no existía como tal. Que era un estado de ánimo ante una obligación de llevar a cabo lo que dictaba la conciencia, el deber y el honor.

—Una vez que aceptas eso—le dijo—, te olvidas de todo y una fuerza interior te empuja a cumplir con lo más sagrado y lo más noble que existe en tu mente. Y si consideras que esta lucha es justa —prosiguió—, entrarás al combate sin importarte lo que hayas dejado atrás.

En ese instante Nabor García sintió un fervoroso respeto hacia aquel hombre a quien el destino lo volvería a unir mucho tiempo después, en una época de delirante despilfarro que marcó la decadencia de la familia Armendáriz. Y fue en esa época cuando Nabor García recibió una carta de aquella mujer que según él desbarataba arteramente una promesa de amor.

El capitán tomó otro sorbo de café y le dio otra larga aspirada a su cigarro mientras escuchaba la risa fresca y la voz cantarina de Catalina y la risa del pequeño Alberto.

Se había casado con la hermosa muchacha hacía poco más de un año en una lujosa ceremonia a la que había asistido los restos de la aristocracia porfiriana que se desmoronaba rápidamente y se reacomodaba con la misma rapidez con los vaivenes de la revolución. Y fue cuando él empezaba a llevar a cabo su proyecto de unirse al ejército del general Álvaro Obregón cuando este adelantó sus fuerzas por la costa del Pacífico.

Cuando Catalina se enteró de los planes de su marido se opuso terminantemente a aquella locura. Nada tenía que hacer Alberto uniéndose a un movimiento que al final les arrebatarían lo único de valor que les quedaba y para colmo, estaba embarazada y posiblemente él nunca conocería a la criatura.



Pero Alberto fue inflexible porque trataría de salvar precisamente los cuantiosos bienes de la familia. Y aquel día que salió para unirse a la revolución, escuchó la voz irreconocible de la brava y hermosa mujer.

—¡No creas que te recibiré si regresas en un ataúd, Alberto Armendáriz!

La voz plena de ansiedad de su mujer resonaba todavía en la cabeza del capitán al tiempo que miraba la foto del pequeño Alberto que apenas un día antes le había enviado Catalina, y hubiera deseado volar y cubrirlos de besos y decirles que no había problema, que ya estaba junto a ellos y que no se separarían jamás, pero a él, a Nabor García y a Epifanio Ramírez les parecía escuchar a lo lejos el murmullo de un poderoso ejército preparándose para atacar.

-- o --

Don Epifanio se levantó de la silla a una señal del maestro Manuel que le avisó que ya le había hecho a la vieja camioneta todo lo que se le podía hacer para que siguiera funcionando cuando menos una semana más y el viejo revolucionario desató un deslucido paliacate y sacó poco a poco unos cuantos arrugados billetes y unas enmohecidas monedas que manifestaban habían sido guardas para una emergencia y pagó sin regatear el trabajo del maestro mecánico.

—¿Y qué pasó al final?—quiso saber ansioso uno de los ingenieros agrónomos con un bote de cerveza en la mano, al ver que don Epifanio metía ya la reversa para salir del local.

—¿Murieron todos dando pruebas del gran valor del mexicano?—preguntó con voz tartajosa el maestro vulcanizador.

—No—dijo secamente el viejo—. Ya falta poco por contar y como ya les dije, el valor es algo muy relativo.

El general Hermenegildo Martínez se había reunido durante varios días con el Estado Mayor y con los embajadores de varios países y se había logrado la renuncia del usurpador Victoriano Huerta, dejando sentadas las bases para un gobierno equilibrado y para que se evitara un desastre nacional y esa noche se giraron órdenes al capitán Julián Martínez para el acuartelamiento de sus tropas de un ejército que al final había sido siempre porfirista. En su soledad, el general Hermenegildo Martínez recordó a su hijo y al capitán Armendáriz y un largo suspiro de alivio escapó del fondo de su corazón.

Nabor observó en la bruma del amanecer las siluetas fantasmales de un ejército en retirada. Una larga fila de caballos, de hombres y de carros tirando de cañones, fue desapareciendo en la niebla en una interminable procesión que ponía en evidencia la magnitud del enfrentamiento. Y Epifanio Ramírez recordó el cuerpo tibio de Rosario en aquella otra mañanita brumosa y fría y decidió que pronto la tendría nuevamente entre sus brazos.

—Se rajaron los compas, mi capitán—fanfarroneó Nabor por primera vez en su vida—. No atacaron.

El capitán Alberto Armendáriz, cuyo valor a toda prueba había sido demostrado en varias batallas, frotó la fotografía de su hijo y sintió pegado a su piel el cuerpo ardiente de su mujer, y dando una última fumada exhaló lentamente el humo del cigarro y abandonándose a los dulces recuerdos exclamó lentamente:

—¡Qué bueno!

## El tiempo dará lugar

--- 1 ---

**É**l le contó aquella historia hacía mucho tiempo, cuando apenas tenía 18 años y ella 17. Aunque la había leído después en algún libro que la incluía solo de una manera anecdótica, el muchacho se la relató como la había oído de su madre, que le contaba cuando niño mil historias en las noches de verano, bajo el brillante cielo estrellado, rodeados de pequeñas hogueras que producían el suficiente humo para ahuyentar los inmisericordes mosquitos mientras llegaba la hora de dormir. Su madre le transmitía esta historia especialmente como si ella hubiera sido íntima amiga de la reina y esta le hubiese permitido conocer sus más recónditos secretos de amor y con ellos su sufrimiento y su desespero. La historia en cuestión era la siguiente:

“En un reino muy lejano, la joven reina languidecía de tristeza y aburrimiento entre las suntuosas fiestas del palacio; las largas excursiones de cacería a las que el viejo rey era tan apasionado, y aquellas sangrientas justas durante las cuales los jóvenes caballeros trataban de demostrar su valor.

“Entre ellos se encontraba un valiente y hermoso joven— muy buen muchacho, aseguraba la madre al narrar la historia—, pero sin fortuna ni linaje. Al ver por primera vez a la hermosa soberana, sintió que su corazón era traspasado no por la punta de la lanza de algún oponente, sino por un millón de flechas de amor. Y se jugó mil veces la vida en el campo de batalla y en las justas palaciegas tratando de atraer la admiración y la atención hacía él de la altísima señora.

“Ya sea por el aburrimiento y el vacío que sentía en su vida al lado del anciano monarca o por la apostura y el valor del joven caballero —que ya había conquistado un lugar entre los hombres de confianza del rey—, la reina se sintió tan atraída por las atenciones que le dispensaba y por el atrevido cortejo a que la sometía, que pronto brotó entre ellos una pasión tan insensata como imposible.

“Pero la reina comprendió a tiempo la temeridad de sus actos —ella lo adoraba, pero era muy decente, acotaría la madre—, y como temía cada vez más por la vida de su amante, con el corazón destrozado decidió terminar con aquella ardiente pasión pero quiso dejar una puerta abierta a la esperanza.

“Así que una mañana todos los habitantes del castillo, desde el rey hasta el más humilde palafrenero, miraron con asombro en uno de los muros la siguiente leyenda: El tiempo dará lugar

“Y mucho más tarde se enteraron de la furtiva partida del valiente caballero que tanto lustre y tanto honor había dado a las armas del reino al servicio de su señor en los campos de batalla.

“El rey ordenó a sus más sabios consejeros que descifrarán aquellas cabalísticas palabras escritas en la pared, pues temió que se tratara de alguna sutil amenaza de sus enemigos o de algún trágico augurio. Pero aunque ofreció jugosas recompensas y presionó a sus vasallos con sutiles represalias si no desentrañaban el misterio que encerraba el mensaje en el muro, fueron inútiles todos los esfuerzos.

Así que nadie pudo llegar a comprender el significado de aquella frase y mucho menos comprendieron la pena de la reina que languidecía de dolor.

“Por aquel tiempo llegó al reino un pintoresco personaje que tenía algo de poeta y como tal, algo de psicólogo y mucho más de malicioso, quien solicitó ser presentado ante el rey y la reina asegurando que después de platicar con ambos él podría aportar alguna pista a aquello que tenía en suspenso a todo el reino. El rey lo regaló con deliciosas viandas y excelentes vinos y la real pareja departió con él durante todo el día ante la indiferencia de la reina que permanecía con la mirada perdida en el infinito mientras hondos suspiros salían del fondo de su destrozado corazón.

“Al final del día el extraño personaje, que había ya explorado las más sensibles fibras del alma de la bella mujer descubriendo su secreto de amor, y analizado el carácter seco y apergaminado del esposo, abandonó el castillo cargado de una cuantiosa recompensa habiéndole dejado al rey solamente un sobre lacrado en el que se leía solamente una cuarteta:

*Alguno quiso subir  
Donde no podía llegar,  
Y por consuelo le dieron:  
El tiempo dará lugar.*

“El anciano monarca comprendió inmediatamente el significado de aquellos versos y descubrió de pronto la tremenda soledad de la reina y el enorme sacrificio que significó para ella el anteponer su honestidad a una pasión que podía llevarla al éxtasis o al abismo.

“El rey trató de compensar a la reina con todo el amor y todo el afecto que quedaba en su ya otoñal corazón y la cubrió de joyas y riquezas, pero el alma de ella estaba vacía y la sonrisa había huido de su bello rostro, y se pasaba las tardes en la almena de su castillo mirando el camino por el que había partido el valiente caballero, y esperando que un día, cuando el tiempo diera lugar, volviera el tiempo y con



el volviera su amado, y el amor y la alegría inundara otra vez su alma atormentada.”

## --- 2 ---

Esa fue la historia que Gilberto le contó a Magdalena aquella tarde a la orilla de un mar sin olas, mientras el sol se hundía en el horizonte reflejando el fuego que ardía en sus jóvenes corazones. Ellos también, como la reina y su amado habían cometido excesos de juventud que no sabían si lamentarían algún día y ahora se preparaban a despedirse ya que cada uno partiría a seguir sus estudios a diferentes partes del país. Él se iría a la ciudad de México a estudiar ingeniería civil y ella se iría a Culiacán a matricularse en la carrera de medicina.

—No te preocupes—, le dijo él sonriendo, mientras la abrazaba con pasión—. El tiempo dará lugar.

Se prometieron entre sí un amor eterno al cual no podría afectar el tiempo ni la distancia porque estarían comunicados por medio de ese alcahuete dios Eros que es el servicio de correos. Y así fue durante el primer mes, tiempo en el que se intercambiaron diariamente encendidas misivas refrendando las ansias de cada uno de ellos por sentir junto a sí el cuerpo cálido del otro. Pero a la cuarta semana, aunque la pasión seguía devorándolos, las cartas empezaron a espaciarse porque el lenguaje del amor no es muy técnico y no requiere de grandes disertaciones, y a veces basta decir un te quiero mirándose fijamente a los ojos y desnudando todas las fibras del alma para que una promesa de amor quede afirmada por toda la eternidad.

El tiempo al que ellos apostaron pasó muy lento sin que diera lugar a ningún suceso que los acercara a llevar a cabo la ilusión de su vida, que no era otra que casarse y vivir felices para siempre, pues habían escuchado a sus padres y a los padres de sus padres que así tenía que ser.

Cuando cumplió 21 años, Gilberto abandonó su carrera a causa de la muerte de su padre quien después de una enfermedad larga y costosa durante la cual se había tratado

de mantenerlo con vida más allá de toda esperanza, como queriendo desafiar a Dios, había dejado su empresa de exportación de hortalizas en algo muy cerca a una quiebra absoluta. El joven, que se encontró solo y con un desconocimiento casi total del negocio, tardó tres años en liquidar las cuentas a una banca voraz y a proveedores impacientes y se dedicó en cuerpo y alma a levantar de las cenizas lo que había sido una floreciente empresa. Pero en el proceso entregó su alma y sus sentimientos a su nuevo cometido y enterró sus proyectos de amor en un rincón de su corazón y se desentendió, sin darse cuenta, de sus promesas y de sus ilusiones.

Coincidían apenas dos veces al año, durante las vacaciones de verano y en las fiestas de Navidad y durante uno de esos encuentros, en el último año que estaría en la universidad, Magdalena corroboró lo que siempre había sospechado: La madre de Gilberto, doña Brígida Menchaca de Echeagaray jamás aprobaría el matrimonio de su único hijo con la hija de la mujer que le servía los ostentosos banquetes de las suntuosas épocas pasadas, y de un humilde burócrata notificador de impuestos, que gastaba sus zapatos midiendo las calles de la ciudad mientras entregaba aquellas hojas foliadas y con sellos impresionantes que representaban la mayor de las veces la ruina de sus destinatarios, quienes las recibían con el alma oprimida por la preocupación.

Y Magdalena descubrió mucho más en el fondo del duro corazón de doña Brígida. Advirtió el temor a la soledad en los ojos de la solitaria y manipuladora mujer, y comprendió que su amado nunca alcanzaría la verdadera felicidad aunque viviera toda una eternidad.

—Sería una lástima que una muchacha como tú—, le dijo doña Brígida una noche, cuando se preparaban a recibir el año nuevo—, que hiciste tus estudios con tantos sacrificios, a base de becas, desperdiciaras tus conocimientos y echaras por la borda tantos favores que has recibido.

—Y Gilbertito—, continuó implacable, mientras se llevaba a la boca una copa de vino—, tardará muchos años todavía



en recuperar nuestra fortuna y para entonces tú habrás encontrado ya un hombre que se adapte más a tu posición social.

Magdalena no le contó a Gilberto nada acerca de aquella plática y al día siguiente aceptó el trabajo que le había ofrecido días antes la Secretaría de Salud y partió rumbo a la selva lacandona en compañía de otro médico y dos enfermeras. Mientras la arropaba la jungla chiapaneca y la envolvía la melancólica música de marimbas, recordó de pronto la huída del valiente caballero medieval y presintió que como él, ella jamás lograría que el tiempo regresara.

Un año después, todos los periódicos del estado incluyeron en sus crónicas de sociales el fastuoso matrimonio de Gilberto Echegaray, de 25 años de edad, con la señorita Carolina Hernández, de 19, heredera de la multimillonaria cadena de refacciones y accesorios automotrices, que poco tiempo después se hundiría en la ruina a causa de uno de los tantos embargos petroleros en el otro lado del mundo. Los infantiles caprichos de Carolina y los suntuosos gastos que su padre ya no podía costearle amenazaban con hundir otra vez la tambaleante empresa de Gilberto y después de dos años de aquel conflictivo matrimonio el divorcio no se hizo esperar. Pero esta vez apenas una radiodifusora local comentó la separación junto con la noticia de la muerte de doña Brígida Menchaca, y Magdalena no se enteró de todo aquello hasta el día en que Gilberto fue a buscarla y a pedirle que el tiempo regresara.

### -- 3 --

El joven doctor Audómar Cervantes no le ofreció a Magdalena eternas lunas de octubre ni crepúsculos arrebolados que podrían admirar cada atardecer, y le prometió en cambio una vida llena de trabajo y de privaciones y carente de lujos. Pero le juró amor eterno y prometió serle fiel hasta que la muerte los separara y para confirmar el juramento se casaron en una pequeña iglesia de un alejado pueblo tzotzil en una ceremonia que era extraña mezcla de catolicismo y ancestrales creencias

mayas, pero que sirvió para formalizar el juramento que él le hizo. Y puede decirse que el doctor le cumplió a su esposa las dos condiciones de su promesa, porque la amó con pasión sin límites y vivían solo el uno para el otro en aquellas soledades. Pero también la vida era dura y difícil de sobrellevar con la carencia de medicinas y de equipo médico y lo inaccesible de los poblados que tenían que atender y el amor y la fidelidad pasaban a segundo plano ante la magnitud de los problemas que tenían que enfrentar para sobrevivir.

Y aquellas grises nubes que amenazaban su vida se tornaron en negros nubarrones de tormenta cuando la salud de Audómar empezó a desfallecer y Magdalena tuvo que redoblar sus esfuerzos para atender a su marido que se iba consumiendo poco a poco, y al mismo tiempo cumplir con la misión que le había encomendado un gobierno que tenía olvidado en la más pavorosa miseria a un pueblo que poco a poco empezaba a clamar justicia.

Cuando Gilberto encontró a Magdalena miró frente a sí a una mujer de 28 años curtida por las adversidades que no se puso a pensar que el tiempo había vuelto ni que un príncipe volvía por el camino para llevarla a su propio castillo. Y aunque ella sintió en su alma aquel amor de jóvenes estudiantes y su sangre hirvió con la misma pasión de hacía once años, las palabras de amor de Gilberto y las promesas repetidas con la misma intensidad de antaño no lograron ablandar la férrea voluntad de aquella mujer aferrada a la promesa que le había hecho a su marido de que solo la muerte podría separarlos, mientras el esposo, enamorado de la única mujer que había amado se aferraba a la vida y le robaba al tiempo y a la muerte minutos preciosos en una cadena interminable convirtiéndolos en días y en años de agonía y de dolor.

—Volveré a buscarte—le dijo Gilberto—, porque el tiempo es infinito. Somos como las vías del tren que algún día tendrán que juntarse porque nuestro amor es más grande que todas las leyes del universo.

Audómar murió tres años después del desafortunado encuentro de los amantes del tiempo perdido, el mismo día en que Magdalena recibía su traslado a una importante clínica de la ciudad de México.

Pero Magdalena ya no podría salir de Chiapas. Aunque nunca conoció personalmente a aquel hombre con la cara cubierta con un pasamontañas y una pipa colgando eternamente de sus labios, abrazó la causa por la que él había levantado en armas un ejército de indígenas chiapanecos y había captado la atención del mundo y había sacudido desde sus cimientos a un sistema caduco que ya mostraba las señales del tiempo. Le impresionó que la tesis de aquel hombre no fuera derrocar al gobierno, sino cambiar a las personas y fortalecer las instituciones para llevar progreso y dignidad a los pueblos indígenas envueltos en la miseria.

Magdalena se quedó en la selva chiapaneca vagando de un poblado a otro mientras trataba de mitigar el sufrimiento de las mujeres explicándoles que pronto serían una realidad los caminos pavimentados, la luz eléctrica y los camiones cargados de muebles o de estufas; y de alimentos que todos podrían adquirir porque también sería una realidad la distribución de la riqueza de sus bosques. Y todo eso se lo aseguraba con el fanatismo que le otorgaba la seguridad en las promesas del encapuchado, al mismo tiempo que atenuaba sus enfermedades con los pocos medicamentos que podían conseguirle los jefes de las guerrillas. Y se fue olvidando poco a poco del tiempo y de las vías del ferrocarril y del hombre que tal vez todavía la amaba.

Cuando Gilberto por fin volvió a encontrarla cinco años más tarde Magdalena era una mujer acabada física y emocionalmente. Sus sueños de progreso y de justicia social se habían visto frustrados ante una pared de odios y de peleas internas entre los diferentes grupos guerrilleros y la ancestral codicia de sus líderes. El hombre del pasamontañas se había desdibujado y sus ideales, si alguna vez los tuvo, habían sido enterrados en una

montaña de sarcásticos comunicados de Internet que solo tenían resonancia en lejanos países que desconocían la realidad. Y aquellos pueblos que ella había aprendido a amar, seguían sumidos en la brutal pobreza en medio de la jungla.

Pero lo que más oprimió el corazón de Gilberto fue el estado físico de su amada. Se encontraba extenuada, a punto de desfallecer con la piel pegada a sus huesos a causa de aquel acto ya casi involuntario que venía arrastrando desde hacía tantos meses, convertidos en años, de ofrecer su magra ración de alimento a algún niño indígena. Una altísima fiebre la devoraba y difícilmente pudo reconocer a aquel hombre a quien se había entregado a la orilla de un mar sin olas con un sol rojo que se hundía como se hundirían después sus ilusiones.

La fiebre y la debilidad habían hecho mella en la indomable mujer y Gilberto se dio cuenta de que le quedaba muy poco de vida. Pasó la noche junto a su lecho secando su frente ardiendo por la alta temperatura mientras la vieja curandera del pueblo trataba infructuosamente de darle a beber una pócima amarga. En la madrugada, cuando el sol apenas trataba de abrirse paso por entre los montes, ella abrió los ojos y se quedó mirando por la ventana la vereda que se perdía en la selva y recordó el camino por el que desapareció el valiente caballero de la historia que él le había contado muchos años atrás, y apretó la mano de su amado que había tenido presa entre las suyas como si temiera que al soltarla, libre ya del contacto que a él la ligara, se elevara al infinito y le dijo con una voz que era apenas un susurro que el viento se llevó muy lejos:

—¿Crees que el tiempo sí dio lugar y el príncipe regresó a los brazos de la reina?

—Esa fue solo una bella historia de amor—le contestó él—. El tiempo es algo intangible que no puede volver y que nunca dio lugar en nuestras vidas. Lo único verdadero ha sido nuestro amor y a él tenemos que aferrarnos.

—¿No comprendes?—preguntó ella, casi con el último aliento de su voz—. Nuestro tiempo siempre dio lugar. Fuimos nosotros, con nuestro orgullo y nuestra cobardía quienes no supimos aprovecharlo y ahora ya es muy tarde. Ese tiempo nuestro no volverá jamás. Aprovecha los instantes que nos quedan diciéndome que me amas como si fueran todo el tiempo del universo.

Él apretó su boca contra los ardientes labios de ella, y el tiempo se detuvo por un instante, un fugaz momento que fusionó las dos almas apresando todos los años de felicidad perdida, y un minuto después Magdalena estaba más allá del tiempo y la distancia.

La sepultó ahí mismo, con aquella extraña mezcla de ritos ancestrales y catolicismo y quedó abrumado al ver la enorme cantidad de indígenas que llegaban aún de apartados poblados a darle el último adiós a la doctora Malena, y se sintió empequeñecido ante las muestras de amor y respeto que él nunca supo ganar por su indecisión y sus temores.

Recuperó parte de su orgullo, se empapó de amor y de recuerdos, y como el príncipe de aquella historia que le contó su madre, empezó a caminar por la vereda y se adentró en lo más profundo de la selva.

## El infractor

**E**l hombre acomodó a los dos niños en el asiento trasero del automóvil y les colocó sus cinturones de seguridad. Acto seguido se sentó frente al volante, abrochó su propio cinturón y procedió a revisar todos los indicadores del vehículo así como el estado de los frenos y limpiaparabrisas y solo entonces salió lentamente en reversa a la calle. Comprobó minuciosamente que no venía algún carro en ningún sentido y enfiló rumbo al colegio en donde sus hijos de seis y ocho años cursaban el primer y tercer año respectivamente.

Se agarró al volante con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos por el esfuerzo, y de pronto aflojó la presión de sus manos con espanto, porque descubrió que el motivo de aquel arrebato era el oscuro deseo de que esas manos estuvieran rodeando el cuello de Esther y terminar con aquel infierno en que ella había convertido su vida.

Ya no la amaba pero sabía que no podía sustraerse a sus deseos más fantasiosos y lo que más aún lo desesperaba era que terminaba sucumbiendo con el más abyecto servilismo a sus caprichos. Porque se daba cuenta con

creciente impotencia que tanto las victorias de ella, ganadas a base de amenazas y de hirientes insultos; como las humillantes claudicaciones de él, siempre se llevaban a cabo delante de los niños, quienes empezaban a darse cuenta de su carácter medroso y apocado y empezaba a separarlo de ellos, imperceptiblemente, una pared de desconfianza al mismo tiempo que empezaba a asomar el terrible fantasma de una creciente falta de respeto a su autoridad como padre.

Pero esa mañana las circunstancias lo obligaron a enfrentarla aún con el temor reflejado en cada uno de sus actos. Era imposible asistir a Las Vegas ese fin de año. Sus tarjetas de crédito estaban hasta el tope, sus líneas de crédito estaban saturadas y su negocio se tambaleaba cada vez más peligrosamente ante la brutal competencia de las enormes empresas trasnacionales.

El bochornoso espectáculo de una Esther furiosa que le lanzaba las acostumbradas amenazas y los insultos más abyectos con la cara desencajada por el odio, provocó que los niños bajaran la cabeza temerosos y desilusionados y empezaran a dirigirse al automóvil seguidos de su padre, mientras en el interior de la casa seguía la tempestad de furia y rencor.

El hombre no supo en qué momento oyó un chirrido de llantas a su lado, pero instantes después escucho la sirena de la patrulla y supo que se había pasado la luz roja del semáforo. Pero no pensó en el importe de la multa, ni en el tiempo que perdería mientras lo infraccionaban. Había visto ya al impresionante agente de tránsito y pensó con amargura en la prepotencia con la que el oficial le lanzaría a la cara una sarta de imprecaciones acerca de la irresponsabilidad con que los malos conductores ponen en peligro la vida de los demás, y los chicos verían otro ejemplo de cómo su padre era despojado de su dignidad por un desconocido sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Desde su cómoda patrulla, el agente de tránsito número 347 escuchó un chirrido de llantas y alcanzó a ver cómo una

enorme camioneta pick up 4x4 esquivaba a un pequeño automóvil Tsuru, conducido por un hombre de mediana edad con dos chicos en el asiento trasero que acababa de pasarse la luz roja del semáforo. Acostumbrado como estaba a ser testigo todo el día de los más absurdos accidentes por negligencia de conductores novatos, ebrios o irresponsables que segaban vidas y dejaban regadas de sangre las calles, no dejaba de enfurecerse con cada incidente que pusiera en peligro la integridad de los demás conductores. Y se dirigió furioso tras el pequeño vehículo haciendo aullar estrepitosamente la sirena, dispuesto a hacer pagar cara la imprudencia del conductor.

El hombre tras el volante miró la cara del policía, desencajada por el enojo y sus temores se confirmaron y un copioso sudor empezó a correr por su cara empañando sus lentes. Volteó a ver a sus hijos que se agazaparon abrazados en el asiento y pensó que aquello no era justo porque para los niños lo más sagrado era el padre. Y Dios —pensó él en ese momento— no debía de permitir que un patán con una placa de policía, ni una mujer embrutecida por la codicia y la vanidad, le quitaran lo más limpio a un niño como es la admiración y el respeto hacia el padre.

—Permítame sus documentos, por favor—, dijo duramente el agente 347 ocultando la mirada en el anonimato de sus negros anteojos.

El hombre le entregó la licencia, la tarjeta de circulación y volteó inconscientemente a verificar si en el cristal trasero se encontraban visibles las calcomanías del pago de tenencia y calcas.

—J. Rosario Fernández Acosta— dijo el agente una vez que hubo revisado los documentos. Y luego prosiguió entre irónico y colérico—. ¿Va usted muy apurado don Rosario?

—Voy a dejar a los niños en el colegio y luego voy a abrir mi negocio, pero no era mi intención ir tan rápido— pudo balbucear el hombre mientras el sudor corría más copiosamente por su frente y las manos le temblaban notoriamente.

El agente 347 lanzó una mirada a los aterrorizados chiquillos quienes inconscientemente se habían acercado a su padre hasta donde el cinturón de seguridad se los permitía como buscando su protección y el rostro se le distendió un poco mostrándose menos severo.

—Calma Carlitos, calma Beto—dijo el padre dirigiéndose a sus hijos, aunque él estaba lejos de conservar la ecuanimidad.

—¿En qué trabaja, don Rosario?—preguntó el agente, ya con la libreta de infracciones en la mano y sosteniendo los documentos.

—Tengo una pequeña ferretería—contestó el hombre, casi con un hilo de voz.

—Se necesita ser muy valiente para tener un negocio en estos tiempos—comentó el policía alzando un poco la voz y dirigiendo una mirada a los niños—. Un negocio propio siempre es un riesgo—continuó. Tiene usted que lidiar con tantos asaltos, la baja en las ventas, los impuestos, el alza de los costos, el problema de conseguir créditos, en fin, sostener a una familia a como dé lugar. Sí señor, se necesita tener mucho valor para enfrentarse a esos riesgos.

—Yo siempre he querido tener un negocio como el suyo para cuando me jubile—prosiguió el agente 347, y Rosario Fernández supo que estaba mintiendo descaradamente y se fue calmando de todas sus aprehensiones porque descubrió la intención de las mentiras del patrullero y le dio las gracias en su interior.

—Pero no creo tener suficiente valor para tamaña responsabilidad—concluyó, calándose la gorra y colocando en perfecta simetría sobre su poderosa nariz los negros anteojos que hacían resaltar su oscuro y cuadrado bigote, para recuperar su porte autoritario—. Tendré que seguir aguantando insultos, el sol y la lluvia durante algunos años más.



Los niños miraron a su padre como sopesando lo que decía el policía y se desabrocharon el cinturón para abrazarlo con aquella ternura que hacía mucho tiempo le venían escatimando y el tímido hombrecito pensó que pagaría con gusto cualquier cantidad que se le impusiera por la infracción.

—Cuiden a su padre, niños—concluyó el fornido individuo—, y avísenle cuando vean una luz roja.

Acto seguido le entregó al señor Fernández una boleta de infracción, les dirigió un saludo a los chicos llevándose los dedos a la visera de la cachucha y el hombrecito creyó descubrir por entre el negro abismo de sus anteojos una mirada cómplice y balbució unas palabras de agradecimiento. Después, metió la primera velocidad y el motor del pequeño Tsuru ronroneó con la fuerza de 1000 caballos y se dirigió a la escuela, a la ferretería y —¿por qué no?—, tal vez a un cambio de mentalidad.

Esa noche, cuando estaba por cerrar la ferretería, el señor Fernández Acosta recordó el incidente de la infracción y se imaginó que sus hijos le habrían contado ya todo a Esther cuando después del medio día la mujer hubiera pasado por ellos al colegio. Recordó la frialdad del agente de tránsito cuando arrastrando las palabras casi con desprecio, pronunció su nombre al comienzo de la conversación.

—¡Rosario!—exclamó para sí mismo—. ¿No podrían mis padres haberme puesto un nombre menos ambiguo?

Pero luego se puso a analizar que eran varios los nombres que como el suyo, eran comunes tanto en los hombres como en las mujeres: Guadalupe, Trinidad, Socorro, Concepción, Natividad, Refugio, Isabel, Dolores y varios más y luego siguió divagando absurdamente y llegó a la conclusión de que la mayoría de esos nombres tenían de alguna manera orígenes de divinidad. Después recordó que varios individuos que portaban nombres de esa mixta naturaleza habían enfrentado situaciones extremas incluyendo cruentas batallas y riesgos infinitos, y se preguntó cómo se llamaría el agente 347. Revisó con



curiosidad la boleta de infracción y comprobó con una sonrisa de satisfacción y al mismo tiempo de reconciliación con la vida que aquella enorme torre que era el agente de tránsito que reflejaba tanta fortaleza y determinación, llevaba con mucha dignidad el nombre de Leandro Flores, y al final se olvidó para siempre de la vergüenza que había sentido durante toda su vida a causa de su nombre.

La ferretería del señor J. Rosario Fernández no era tan chica como él mismo, modestamente, se la describió al agente de la ley. Había iniciado su negocio muy joven, y pronto, con un profundo conocimiento de las necesidades de los productores de la comarca y ya con una sólida cartera de clientes y unas respetables líneas de crédito, logró formar un impresionante capital que había empezado a disminuir ante los cada vez más atemorizantes vaivenes de la economía y el ataque constante de los caprichos de Esther.

Pero ese día había sido infraccionado y algo cambió en su interior y sintió que todo sería diferente.

—Escúchame, Esther—le dijo esa noche con firmeza a su esposa, esperando que el tono de su voz no lo abandonara hasta que terminara de decir todo lo que tenía que exponerle—.Te propongo el único proyecto viable para nuestras vacaciones de fin de año: en lugar de viajar a Las Vegas, situación que está actualmente muy por debajo de nuestras posibilidades, aprovecharemos nuestro tiempo compartido en Cancún que hace tiempo no utilizamos. Es lo único que puedo proponerte este año. ¿Lo tomas o lo dejas? —preguntó con firmeza, aunque sabía que de la contestación de su esposa dependía una vida de infierno, o la lenta cicatrización de las heridas ocasionadas por años de incomprensión.

—Lo tomo, Chayo—contestó ella—.Y esta vez, el diminutivo de su propio nombre, que siempre había odiado y que en boca de su mujer nunca había tenido resonancias afectuosas, sonó en sus oídos como una promesa de un futuro que tenían que reconstruir.



Por un instante sintió el impulso de llevarse la punta de los dedos de su mano derecha a la visera de su cachucha, pero recordó que él no la tenía, pero tenía en cambio en su cabeza un mundo de ilusiones.





## Cuentecito navideño

**H**abía soportado cuatro años de soledad y se había entregado por entero al cultivo de las exóticas rosas que entregaba desde hacía muchos años a las grandes florerías, desde aquel día que comenzó como un pasatiempo con el cultivo de esas flores en el traspatio de su casa, y que entregaba también en sus domicilios a los clientes que había conservado desde hacía mucho tiempo, aunque fuera con el solo objetivo de sentirse vivo y conservar el contacto con las personas y con la realidad.

Pero pronto descubrió el dolor que le causaba observar la felicidad de sus vecinos y de sus amigos de quienes se iba alejando poco a poco al no soportar la felicidad de aquellas personas normales que aceptaban la vida cotidiana y rutinaria y que a él le parecían almas conformistas que solo se nutrían diariamente de un amor ordinario mientras él buscaba aquella pasión excelsa que lo remontara de nuevo a las alturas de su antiguo idilio.

Había recorrido todo el mundo y conquistó con sus exóticas rosas infinidad de trofeos en las más extrañas

y lejanas ciudades que se rendían ante el salvaje aroma de aquellas flores que invitaba al mismo tiempo a una pasión desenfrenada e incontenible que a un amor dulce y evocador. Y junto con los trofeos conquistados con sus rosas, conquistó los corazones de incontables amores sin que encontrara jamás a la mujer que llenara el vacío de su eterna soledad.

—Morirás solo y sin amor y para entonces yo ya no estaré aquí para cuidarte—le dijo una vez su atractiva y eficiente secretaria y recepcionista mientras sus ojos se humedecían, aunque él no supo en ese momento si eran lágrimas o era la brisa que le llegaba desde el sofisticado sistema de riego de las rosas.

Durante su primer año de penas y añoranzas pensó que jamás volvería a encontrar el amor y la alegría en la que había estado inmerso toda su vida y que aportaba a su trabajo una dimensión artística. Pero cuando notó que sus rosas iban desfalleciendo junto con su ánimo y perdiendo su perfume, tomó la determinación de buscar la mujer ideal y que esa búsqueda guiara su vida y su ánimo y lo elevara a un plano excelso de felicidad; y entonces, cuando al fin la encontrara, no renunciaría a ella jamás. Pero pasaron varios años y varias mujeres pasaron por su vida y el sol no calentaba su marchito corazón y sus rosales seguían dando las bellísimas flores que lograba con los extraños y secretos injertos que solo él conocía, pero carentes del lujurante aroma de otros tiempos.

Porque junto con su tristeza y soledad las flores empezaron a perder su característico aroma como si el desconsuelo de su creador las inhibiera para lanzar al aire aquella fantástica fragancia que lo había hecho famoso en todo el mundo. Y él seguía en la búsqueda frenética y ansiosa de la mujer que reuniera la belleza y los atributos que él había idealizado en su mente enfebrecida por la pasión y por el recuerdo del idilio que vivió durante tantos años con aquel su único y desesperado amor.

Un día, antes de Navidad, se sintió más solo que de costumbre y pensó que tal vez esa fuera la última Nochebue-

na que pasaría entre sus rosas y sus recuerdos mientras sus vecinos, eufóricos e indiferentes se preparaban para festejar las fiestas. La bella y eficiente recepcionista se había marchado un día dejando un vacío más hondo en su ya solitaria existencia, tal vez porque ella comprendió que podía luchar contra fantasmas tangibles, pero no podía emprender una batalla contra el espectro de una pasión anidada en un cerebro enfebrecido por un recuerdo y una quimera.

Y fue entonces cuando él recibió por teléfono un pedido de rosas. Una voz de mujer, cálida y sugerente le solicitaba un ramo de sus mejores flores para un arreglo muy especial en esa noche navideña. Deseaba presentar el arreglo floral más bello del mundo y solicitaba las flores más frescas, más hermosas y con aquel aroma embriagante tan característico que solo sus rosas podían aportar.

Lleno de aprehensiones, confeccionó un enorme ramo con aquellas rosas maravillas pero carentes del más insignificante aroma. Y entonces, su vida cambió para siempre.

Cuando ella salió a recibir el pedido de rojas rosas, él supo que la búsqueda había terminado porque la hermosa Zepryne Draughin, con su espigado tallo sin espinas y su suave bouquet, se abrió todavía más, así como el corazón de él se abría a la vida y una fragancia increíble se esparció envolviendo a los dos.

Era esbelta como el tallo de la rosa y su cara reflejaba la belleza y la placidez del inicio de su edad madura; su voz tintineaba como un campo sembrado de cristales arrullado por el viento y él adivinó que ninguna palabra disonante sería emitida por aquellos labios que solo prometían palabras de amor. Estaba ataviada de pies a cabeza con joyas y vestidos de los mejores diseñadores y lucía todo con la naturalidad de una diosa para quien el mundo hubiera sido diseñado solo para ella, y él adivinó que aunque hubiese estado vestida solo con harapos, su innata elegancia se manifestaría en cada uno de sus delicados gestos y en el arrullo de su voz.



Ella recibió las flores y comentó con la seguridad de un erudito acerca del cultivo de las rosas y le agradeció que él se las hubiera llevado personalmente. Y aunque su sonrisa caló hondo en su corazón, comprendió que aunque la había encontrado, era solamente una ilusión inalcanzable, pero se sintió inmensamente feliz por el solo hecho de haberla conocido y saber que existía cerca de él.

—¿Nos vamos querida?—la apremió su esposo que salió jugueteando con las llaves de un lujoso BMW blindado que esperaba en la cochera mientras dos hombres vestidos de negro abordaban un automóvil semejante.

Ella recogió las rosas que sofocaban ya el ambiente con su aroma, lo miró fijamente y desapareció con una sonrisa que era como una promesa aunque él comprendió que era solamente el final de una ilusión que al materializarse lo reintegraba a un mundo real en el cual podría al fin encontrar la felicidad.

Todos los años, en la época de Navidad, se esparce por todo el barrio el sutil olor de la Zepryne Draughin y de todas las otras maravillosas rosas, y el antiguo solitario y sus flores ya no están solos porque sus amigos y sus vecinos, atraídos por la fragancia, acuden con presentes y deliciosas viandas y licores y le añaden una nueva dimensión a su existencia. El hombre y su hermosa recepcionista de otros tiempos asisten puntualmente a la misa navideña en donde tienen apartado un lugar especial e inundan la nave de la iglesia con las rosas más fragantes. Y cuando él observa el rostro de la virgen comprende que estuvo a punto de divinizar un amor terrenal que él había convertido en obsesión. Él y sus rosas están felices y expectantes porque saben que las ilusiones también son un logro para la humanidad y que tarde o temprano se cumplirán si uno se esfuerza para lograrlo.

## La patética lucha de Ambrosio contra el Don

**A**mbrosio Avendaño supo que había empezado a envejecer a las 10:45 hrs. de un día de enero, muy poco después de haber cumplido sus 45 años de edad. En esa ocasión, el señor Avendaño llegó a la ventanilla del Banco Internacional a la misma hora en que solía hacerlo todos los días esperando encontrarse como siempre con el atento personal que lo atendía invariablemente como lo que él era: un excelente cliente con una impecable trayectoria en el manejo de sus cuentas y una incuestionable solvencia moral y económica.

La primera nota desagradable del día fue la ausencia de Patricia. El porte altivo y elegante de la atractiva ejecutiva de cuentas que lo atendió desde el primer día había calado hondo en su frívolo corazón y la comezón de los cuarenta años empezó a cobrar su factura y tal vez fue entonces cuando empezó a inquietarlo la rapidez con que caían las hojas de su calendario. Empezó un discreto coqueteo con pequeños regalos e informales invitaciones a comer que lo fue envolviendo en un mar de confusión. Por un lado, se demostraba a sí mismo que podía conquistar el corazón de una mujer con la clase y distinción de Patricia, pero

de antemano estaba convencido que jamás abandonaría a su mujer ni a sus dos hijas adolescentes con las cuales había vivido en un pequeño planeta privado como el del Principito en donde nada faltaba y una capa exterior los había cubierto hasta entonces de cualquier infortunio aun a pesar de sus ocasionales aventuras amorosas. Ahora, Patricia había salido de vacaciones a Europa y Ambrosio sintió una extraña mezcla de alivio y celos: alivio porque por varias semanas podría ordenar sus sentimientos; y celos porque la brillante ejecutiva aumentaría su caudal de conocimientos y experiencias mientras él seguiría atado a su monótono negocio de importación de implementos y maquinaria agrícola. En todo aquello iba pensando cuando miró a la chica que ocupaba la elegante oficina de Patricia.

Aquella empleada, a quien nunca había visto lo recibió con algo que quería ser una sonrisa, marcó en la computadora la larguísima serie de números y letras que contenía el documento que le entregó y le preguntó mecánicamente:

—¿A cuál cuenta le hago el abono, don Ambrosio?

Ese día y a esa hora, siglos de ancianidad se abatieron sobre los hombros de Ambrosio Avendaño y supo que de ahí en adelante jamás podría quitarse el oprobioso Don antepuesto a su nombre y que había estado esperando con una cada vez más creciente inquietud. La chica no tendría más de dieciocho años y se sentía abrumada por la responsabilidad en su primer día en aquel puesto para ella tan importante. Por lo tanto, estaba ansiosa por demostrar atención y respeto a todos los clientes del gigantesco banco, y sobre todo, a clientes del calibre de Ambrosio Avendaño. Era la clásica joven que aún no cumple su primer mes en una empresa. Llevaba todavía ropa y calzado comprado en tiendas de auto servicio, perfume copia de las marcas originales y su cara y su pelo lavados con jabones y champús baratos. Dentro de unas semanas, cuando recibiera ya su primer sueldo completo, visitaría los grandes centros comerciales y conseguiría una tarjeta de crédito que la encadenaría de por vida a un frenesí de compras inútiles y su figura cambiaría

radicalmente y a su temprana edad se convertiría en una mujer sofisticada que cambiaría su juventud por una apariencia prematuramente avejentada buscando una ilusión tal vez igual de falsa que su aspecto prefabricado.

Por lo pronto, y sin estar consciente de ello, había empezado a socavar el sueño de eterna juventud de Ambrosio Avendaño.

Y es que aquel hombre, que se negaba a enfrentarse cara a cara con la primera etapa de su madurez deliraba con la idea de que quizá una vez cumplidos sus setenta años, cuando ya peinara según él algunas pocas e incipientes canas y posiblemente se dejara crecer una discreta barba de candado que hiciera aparecer más interesante su silueta todavía lozana, alguien empezaría a endilgarle aquel tratamiento respetuoso pero que él consideraba denigrante y como una ofensa a lo que actualmente consideraba todavía como una temprana juventud.

Pero hoy en día, en una época en la cual él se miraba a sí mismo todavía como un tigre joven capaz de emprender las aventuras más arriesgadas, sobre todo en el terreno amoroso, cualquier tratamiento, cualquier palabra que lo acercara a una hipotética vejez era inadmisibles para su ego. Y aquella muchacha lo había despertado bruscamente de su sueño y se había convertido en el primer eslabón de una larga cadena de insinuaciones a lo que se consideraba como un adiós a su juventud y al comienzo de los años dorados del inicio de su edad madura.

Y en su insensato deseo de conservar el retozo de sus verdes años y ante su ceguera de reconocer el avance del tiempo, desarrolló un instintivo y oculto rechazo a cualquier forma de trato personal que pesara demasiado en la balanza de su edad, lo que ocasionó que las personas que por necesidad de su negocio tenían que relacionarse con él —y aún sus amigos—, se sintieran incómodos al tratar de adaptarse a las sutilezas que él insinuaba en su trato personal.

Y pronto empezó a aventajar a su esposa y a sus dos hijas adolescentes en la compra de costosos tratamientos

faciales, sin importarle si provenían de exclusivos laboratorios internacionales o de chamanes y yerberos que le prometían la eterna fuente de la juventud sin reparar en gastos ni en medios para conseguirlos. Y cuando empezaron a aparecer de una manera casi imperceptible algunas líneas de expresión en su rostro, en más de una ocasión su mujer lo descubrió consultando discretamente el directorio telefónico en la sección de cirujanos plásticos. Pero sobre todo, día con día, su lucha frontal era contra el afrentoso Don antepuesto a su nombre sobre todo si era pronunciado por las jóvenes y atractivas mujeres con quienes debía de mantener un trato continuo por cuestiones de trabajo o alguna otra razón.

Muy tarde se había dado cuenta de que había desperdiciado su vida sin conseguir un título universitario que anteponer a su nombre ahora que él era un individuo importante. Había sido un estudiante mediocre y tramposo que había pasado más tiempo en los terrenos llaneros jugando beisbol que en las aulas, soñando con la fama y las grandes fortunas que ganaban sus ídolos que jugaban en las ligas mayores del beisbol norteamericano.

El destino, sin embargo, se encargó de destrozar la que fue tal vez su única ambición legítima. Justo al terminar sus estudios en la escuela preparatoria falleció su padre dejándolo al cuidado de su incipiente empresa, y él había llegado en una época adecuada en la cual la agricultura necesitaba de implementos agrícolas de calidad y contaba con una cartera de créditos saneada que le había dejado su padre, y de una extraña manera, el frívolo muchacho se sumergió tanto en el apasionante negocio heredado por su progenitor que se olvidó de los bates y de las pelotas y con gran alivio pudo olvidarse también de las aulas y de las absurdas materias de física y química y de la inmensidad de las matemáticas que lo empequeñecían mientras él soñaba con una fabulosa atrapada en tercera base que le permitía poner fuera en la primera por apenas una pulgada de diferencia al corredor más rápido. De todo eso se fue olvidando al tiempo que se convertía en un próspero comerciante.



El invierno de su vida avanzó todavía más al recibir desde Florencia noticias de Patricia. Según ella, se había enamorado profundamente del arte florentino y había decidido quedarse a estudiar durante dos años más en la bella ciudad. Durante los primeros meses sus comunicaciones eran optimistas y hablaban de promesas de amor y de los planes que juntos habían fantaseado aunque ambos sabían que jamás se concretarían tan atados como estaban cada uno a su destino: un futuro de ambición de una y el temor a perder una tranquila posición de clase media del otro, aunque hacía muchos años que la pasión había escapado de su lecho.

Pero pronto, los comunicados que le enviaba casi siempre al reverso de tarjetas postales para consumo de turistas y los correos electrónicos se vieron inundados cada vez más con palabras en italiano, hasta que se hicieron imposible de entender aquellas jerigonzas salpicadas de palabras en toscano y de todos los dialectos florentinos en un alarde de esnobismo confundido con erudición hasta que cesaron totalmente de recibirse y Ambrosio comprendió con amargura que algún opulento italiano, tal vez algún adocenado "don Giovanni", aún con el don antepuesto, lo había despojado de aquel maravilloso pegamento con el que aglutinaba el muro que cerraba el paso a sus años de madurez.

Aunque los años seguían cayendo lentos pero implacablemente sobre él y algún hilo blanco aparecía cada vez con más frecuencia en su cabeza, con la consiguiente y urgente aplicación de tintes, el don Ambrosio seguía siendo como un martillo que hundía más un clavo en lo más hondo de su absurda vanidad. Y de pronto, al recordar su amor por el beisbol, descubrió que ese deporte, al cual se había entregado en cuerpo y alma en su juventud, podría ser una solución a su problema. Recordó que cuando se desempeñaba como un aceptable tercera base de su equipo y por sus cualidades en esa posición era considerado como una promesa que podría llegar muy alto, sus compañeros y sus amigos le empezaron a llamar "El tigre" por sus movimientos felinos y la precisión casi



sincrónica de sus movimientos al resolver las jugadas más difíciles y relampagueantes.

Y resolvió recuperar su antiguo apodo porque aparte de que lo transportaba a sus años juveniles, prefería que lo llamaran “El Tigre” Avendaño y no don Ambrosio.

El plan era sencillo y aunque costoso, eso era cosa que no le importaba. Desde luego que él ya no podía jugar como no fuera en un equipo de veteranos, lo que era impensable porque pondría en evidencia precisamente una forma de su deterioro físico. Mientras sus compañeros de aquella época del beisbol en los llanos con pelotas y bates regalados por otros equipos o donados por algunas empresas recordaban con nostalgia y con alegres carcajadas sus anécdotas juveniles, fantaseando a veces con jugadas inexistentes, Ambrosio Avendaño se resistía a jugar con sus antiguos amigos en una categoría correspondiente a personas de más de cuarenta años.

Se decidió por lo tanto a patrocinar un equipo de beisbol que llevara el nombre de su empresa y que fuera un conjunto ganador a base de conseguir con promesas de regalos y becas de estudio a los más prometedores jóvenes jugadores, y pronto se encontró patrocinando a otros equipos en otras ligas, convirtiéndose en el mecenas del beisbol en su comunidad.

Pero eso sí: era “El Tigre” Avendaño y no su empresa quien movía los hilos del deporte, y su chequera era la que mantenía todos los días en las páginas de todos los periódicos a “El Tigre” para beneplácito de docenas de periodistas deportivos que encontraron su fuente de ingresos a costa de cultivar el ego de aquel hombre obsesionado con retar al tiempo y al destino.

Al principio, el plan pareció funcionar aceptablemente. Los comentaristas deportivos mencionaban diariamente a Ambrosio refiriéndose solamente a “El Tigre”, mientras él sentía renacer su juventud rodeado de jóvenes prometedores durante las abundantes comilonas que les ofrecía a ellos y a todos los que tuvieran que ver con

el ámbito deportivo. Y cuando algún despistado osaba llamarlo todavía don Ambrosio era sutilmente relegado de los convivios y a veces hasta del mundo del deporte.

—¡Hey, Tigre!—le gritaba algún jovenzuelo al término de un partido—, mañana también ganaremos. Te prometo dos jonrones.

—Y yo te prometo lanzar el juego completo, Tigre—gritaba otro.

—¿Paso mañana por tu oficina, Tigre?—le preguntaba palmeándole en la espalda algún periodista de cualquier medio de comunicación con sus diarios apuros de dinero.

Y Ambrosio a todo asentía, feliz de sentirse joven en aquel irreal mundo comprado mientras los días seguían cayendo inexorablemente sobre sus hombros.

Pero si en el mundo ideal que él se había forjado todo caminaba aceptablemente bien, tanto en sus negocios como en sus cada vez más espaciadas conquistas seguía siendo don Ambrosio Avendaño. En un último y desesperado intento por darle brillo y dignidad a su nombre, decidió tomar la determinación que un tanto por indolencia y otro tanto por falta de confianza en su capacidad de aprendizaje, había pospuesto largamente. Y a los cuarenta y nueve años comenzó a estudiar la carrera de Licenciado en Administración de Empresas con el afán de cambiar las tres incómodas letras antepuestas a su nombre, por otras tres que le dieran brillo y dignidad y lo empujaba en su esfuerzo la idea de que pronto se referirían a él como Licenciado Avendaño y no como don Ambrosio.

Lo que resultó sorprendente fue que muy poco tiempo después de asistir a la universidad comprobó que todo requería menos esfuerzo de lo que él imaginaba. Atendía su negocio con la capacidad que siempre lo había caracterizado, asistía a las clases nocturnas y agradablemente cansado llegaba a su casa y comenzó a convivir más tiempo con su familia. Pronto, obligado por su nueva agenda de ocupaciones, fue relegando su sueño

de mecenas del beisbol y en la medida en que dejó de desparramar las cuantiosas sumas de dinero, las aves de rapiña del deporte y los jóvenes oportunistas se alejaron de su vida y volvieron a llamarlo don Ambrosio porque "El Tigre" se había retirado a otros refugios. Pero de pronto descubrió que aquello ya no le importaba tanto, tal vez porque miraba cada vez más cerca el día en que otras letras y otras palabras le otorgarían un tratamiento que le daría más brillo a su nombre y no pondría en tela de juicio su pretendida juventud, o porque poco a poco el inclemente paso del tiempo ponía en evidencia la cruel realidad del inexorable paso de los años.

Fue en la época en que él descubrió con inquietud que cada vez más hilos blancos quedaban en su cepillo, cuando Patricia regresó de Europa. De la eficiente ejecutiva de cuentas del Banco Internacional, que irradiaba confianza y calidez en su trato no quedaba nada. Había deambulado por las principales ciudades pero de una manera desorganizada y sin un patrón de conducta que le hubiese permitido absorber una cierta cultura elemental o un pensamiento profundo. Su vida había transcurrido visitando los lugares comunes con gente común con la certeza de nutrirse de ideas vanguardistas, cuando en realidad terminaban rigiéndose por filosofías tan antiguas como la humanidad.

Ambrosio descubrió asombrado, como si se mirara en un espejo, que Patricia también libraba una silenciosa lucha contra el tiempo. Su vestuario, aunque escaso, era de los diseñadores de moda en ese momento, pero eran prendas pertenecientes cuando menos a una temporada anterior, como si lo hubiera adquirido en una tienda de saldos o bien, denotaba que hacía algunos sacrificios económicos para actualizar su guardarropa. Ambrosio descubrió también el discreto y muy cuidadoso trabajo de algún bisturí en los párpados y en las comisuras de los labios de la todavía hermosa mujer, al mismo tiempo que se daba cuenta que ella había desperdiciado los mejores años de su vida en los lugares comunes de una vida vacía y sin propósito. Pasaba ahora su tiempo en reuniones

con antiguas amigas hilvanando historias cuestionables acerca de costumbres decadentes o ante personas que no pertenecían a sus años anteriores, preocupadas por una realidad actual que las hacía vivir nuevos tiempos al ritmo de una nueva objetividad.

Desde sus años de adolescencia Ambrosio Avendaño había desarrollado una teoría sobre el amor que jamás se había animado a confiársela ni a sus más íntimos amigos porque en el fondo sabía que contravenía a todas las leyes de la lealtad hacia la persona amada y que era producto solamente de su enorme egoísmo. Él sostenía que no había traición en el hecho de amar a dos o más mujeres porque el corazón tenía una infinita capacidad de amar, así como los padres pueden amar con la misma intensidad a cualquier número de hijos, aunque cuidaba mucho de cuestionarse si todo el ser que ama pudiera amar sin freno convirtiendo en un caos un universo de desconfianza.

Ambrosio descubrió que tanto Patricia como todas las mujeres que había amado poseían efectivamente un corazón capaz de albergar docenas de amores pasajeros pero que ellas podían desecharlos con la misma facilidad con que llegaban sin importarles si lastimaban su propio corazón, mientras él no podía liberarse de su único y verdadero amor.

Descubrió también con un íntimo placer que en su afán de evitar el oprobioso Don y tratar de conservar una juventud que no se puede evitar que se diluya día con día, había hecho un viaje elíptico.





## La banda de los robapantalones

--- 1 ---

**A**garra ese cauque, Toño— me pareció que me gritaba Ismael. Pero luego comprendí que era una premonición de lo que sucedería a continuación, pues hacía ya muchos años que mi amigo y yo habíamos dejado de pescar cauques en el río.

--- 2 ---

A la gente le gusta fantasear con el lugar común de que todos los tiempos pasados fueron mejores y se pierden en añoranzas acerca de los inviernos, pero sobre todo de los veranos de años anteriores, y nunca he comprendido por qué sienten esa melancólica fascinación precisamente por la década de los cuarenta. Tal vez sea porque mi generación no es lo suficientemente vieja como para añorar los vacíos y perdidos decenios anteriores, y la época de los años cincuenta ya trajo aparejado un progreso y una modernidad que le arrebató aquel aire apacible y aquella lentitud poética en la que anteriormente se vivía.

Yo no añoraba la época de mi niñez. Más bien, fui disfrutando cada novedad y cada descubrimiento que la vida me ofrecía a través de los años. No podía suspirar por aquellos tiempos en que no se conocía el transporte escolar y tenía que caminar una distancia de más de un kilómetro para llegar a la escuela y otro tanto de regreso. Recuerdo mi infancia sin calcetines, pues aunque en casa no escaseaba el dinero, mi madre no me los compraba simplemente porque en su ingenuidad pueblerina no creía que los necesitaba todavía, y encuentro tan lejos en el tiempo y en el espacio aquella mochila de mezclilla en donde llevaba cuadernos, lápices, un frasquito de tinta y un canutero; y recortes de periódicos con estampas de lugares muy remotos con los que soñaba y a donde me juraba que algún día tendría que ir.

Las personas de avanzada edad, que por lo mismo acumulan más sabiduría, no reconocen que los años actuales pueden ser mejores y que con su tecnología nos hacen la vida más placentera y tal vez tengan razón. Añoran las aguas cristalinas de los ríos, y las tardes bajo los álamos, donde hacían grandes comilonas invitando a personas de diferentes clases sociales que se transformaban en amistades duraderas. Recuerdan los locales comerciales sin las impensables rejas protectoras que ahora impiden el trato directo entre los comerciantes y sus clientes, sin que alcanzara a percibirse todavía la desconfianza y el terror actual. Suspiran por los créditos otorgados bajo la pura palabra; y evocan con placer las noches de verano, cuando alumbrados más por una esplendorosa luna que por los débiles faroles de la calle, dialogaban, sentados en sillas que sacaban a las banquetas con vecinos que vivían a ambos lados de su calle y aun a grandes voces con los de la acera de enfrente.

Para mí eso no importaba. A veces me embargaba el lirismo feliz de aquellos años deliciosos de mi alegre niñez, pero inmediatamente despertaba con el ruido de estos tiempos que ahora viven frenéticos. Para 1985 yo había ya olvidado aquel verano de 1948 cuando, de repente, una sombra lo puso frente a mí. Apenas lo vi unos cuantos segundos

pero nunca podría olvidar aquella figura y aquellos ojos. Me encontraba esperando a mi esposa en la terminal de autobuses de la moderna y dinámica ciudad de la cual nunca pude salir y en la cual mis sueños de recorrer el mundo se convirtieron en humo. Tal vez él me miró primero porque cuando sentí una extraña vibración y levanté la vista del libro que estaba leyendo y nuestras miradas se encontraron, él dio inmediatamente la vuelta y abordó un autobús que empezaba a ponerse en movimiento todavía con la puerta abierta. Yo no estaba en ángulo para ver el letrero y no pude ver el destino del vehículo que se llevó aquella sombra y aquel recuerdo. Ahora, he recordado frecuentemente aquel verano y a aquel amigo pero jamás lo he vuelto a ver en mi vida.

### --- 3 ---

A finales de junio del 48 llegó don Román Fernández. Se presentó ante la cimarrona sociedad de mi pueblo como periodista y venía cargando con una canasta llena de ilusiones y se antojaba muy difícil que en ese soñoliento lugar pudiera llevarlas a cabo. Sus planes eran editar el primer periódico de la localidad y convertirlo en la piedra angular de varias publicaciones posteriores. Cuando se le cuestionó que todavía el poblado no contaba con suficientes lectores ni con suficientes anunciantes, él respondió con fe inquebrantable que lo importante era comenzar porque el que pega primero pega dos veces y que en realidad su proyecto más ambicioso consistía en distribuir su periódico en las ciudades vecinas y difundir su obra y su pensamiento. De cualquier manera, en una vieja prensa conseguida como desecho en los Estados Unidos empezó a publicar un semanario de cuatro hojas en donde quedaron consignados los hechos de aquel largo y tórrido verano.

Llevaba con él a Ismael, su hijo de catorce años. Habían perdido a la madre a causa de fiebres y desilusiones en un largo trajinar por pueblos perdidos olvidados por los médicos y por Dios. Era un chico muy alto para su edad y muy seguro de sí mismo, aunque por culpa de la vida



trashumante de su padre aún no había terminado la educación elemental. Pero lo que más sobresalía de él eran sus ojos. Bajo unas cejas muy tupidas tenía unos ojos dorados que cambiaban de color de acuerdo con el entorno y unos párpados adormilados le daban una engañosa impresión de indolencia. Y aquel verano me lo impusieron como compañero de banca y ahí empezó nuestra amistad.

—Yo soy Toño—le dije, impresionado por la estatura de un muchacho que apenas asistía a sexto año de primaria—. Y tú ¿cómo te llamas?

—Yo me llamo Ismael—contestó con una voz que ya contrastaba con el tono todavía infantil de mis doce años. Y dando bruscamente por terminadas las presentaciones preguntó—: ¿Te gusta ir a pescar al río?

—¡No!—exclamé escandalizado—. Mis padres no me lo permiten, solamente que vaya con mis hermanos, y ellos no tienen tiempo—concluí no sin cierta tristeza. Pero desde ese momento Ismael se convirtió en el guía de las excursiones clandestinas adonde mis amigos y yo lo acompañábamos a la pesca de cauques en el embalse del río y a cazar conejos a pedradas en el monte vecino, aunque él demostraba un interés especial en las ruinas centenarias que se encontraban al sur de nuestra población. Tenía una vieja y pesada bicicleta con unas llantas gordas con un dibujo muy sofisticado y como no tenía guarda cadena, nos acostumbramos a verlo pasar con una muellecita en la pernera derecha del pantalón para evitar que esta se le enredara entre la cadena y la estrella. Venía equipada con una moderna dinamo conectada a la llanta trasera, y la intensidad de la luz era proporcional a la velocidad que Ismael podía desarrollar. Y sin avisar a nadie, hacía solitarias excursiones por los alrededores de la población sin que nadie le preguntara acerca de sus correrías.

A causa del constante peregrinar de su padre, Ismael conocía lugares importantes que contaban con las comodidades de las grandes ciudades y se sentía asfixiado en un pueblo que carecía de las distracciones más elementales. Solo había un cine en donde únicamente los

fines de semana pasaban aquellas películas de episodios que quedaban en suspenso para continuar la semana siguiente. No había biblioteca, ni parque con una alberca aunque fuera pequeña, ni instalaciones deportivas adecuadas. Solo había un llano en donde se jugaba béisbol con pelotas de trapo y ladrillos que servían de bases. Fue en esos días cuando el escándalo de la banda de los roba pantalones sacudió la modorra del pueblo.

En aquellas idílicas épocas y en aquellos idílicos veranos, los habitantes de mi pueblo no habían comido aún la manzana del árbol prohibido y vivíamos en un paraíso en donde no desconfiábamos los unos de los otros, y muchos jefes de familia, tratando de huir del sofocante calor del interior de sus viviendas, colocaban un catre a la entrada de su casa y dormían a puertas abiertas dejando su ropa sobre una silla, en una mágica demostración de un pueblo que vivía todavía en una fascinante dimensión más allá del bien y del mal. Por eso, una mañana de esa incipiente estación estival, un extraño suceso sacudió desde sus cimientos a nuestra comunidad. La noche anterior, en tres diferentes domicilios alejados entre sí, fueron robados los pantalones del maestro mecánico, del boticario, y de un velador que irónicamente dormía en su casa por haberle tocado su día de descanso. Y ese amanecer, nuestro pueblo perdió la inocencia y se dirigió hacia una dimensión desconocida.

El Observador, el flamante periódico de don Román Fernández que comenzó como una publicación semanal, a partir de estos acontecimientos se empezó a publicar diariamente con el fin de dar cumplida cuenta a sus lectores de los extraños sucesos que estaban sucediendo y se convirtió en adalid de las investigaciones encaminadas a desmembrar la temible "Banda de los robapantalones", título con el que don Román empezó y sostuvo su campaña para desenmascarar a los ladrones, pues desde un principio dio por hecho que se trataba de una banda bien organizada. Y no dejaba de tener fundamento esa teoría ya que el incidente, con algunas variantes, se repitió durante varias noches ese verano. Porque al principio, los confiados jefes de familia no creyeron que un hecho



tal alevoso se repitiera y cada uno de ellos pensó que a él no podía sucederle semejante desvalijamiento. Pero tres noches después del primer robo, otros dos caballeros que prefirieron huir del agobiante calor de sus dormitorios fueron bonitamente despojados de sus pantalones con todo y cinto y con todo lo que en sus bolsas guardaban. Y los incidentes se siguieron sucediendo hasta mucho tiempo después en que un hecho fortuito vino a resolver el misterio.

Mi padre era dueño de una tienda en donde lo mismo vendía finas telas —que compraba a los marineros que desembarcaban en un puerto cercano o se las cambiaba por cerveza y vino—, que arneses para caballos; deliciosas cocadas; todo tipo de abarrotes y cientos de artículos de las más diversas especies que yo nunca alcancé a clasificar. Él y don Cornelio, el dueño de la pequeña botica acababan de fundar la Cámara de Comercio de la localidad y su primer acto formal fue presentar una enérgica queja ante el H. Ayuntamiento para que reforzara la seguridad pública. Como anteriormente no había ninguna seguridad que reforzar en aquella tranquila comunidad, se procedió a habilitar como unidad de vigilancia una destartalada camioneta propiedad del presidente municipal y dos hombres fueron asignados a dicha patrulla para que en las noches recorrieran las oscuras calles del pueblo.

Como en aquellos tiempos no conocíamos los aparatos de aire acondicionado y los abanicos solo distribuían el aire caliente —aparte de los continuos cortes de la energía eléctrica proporcionada por una vieja planta de gasolina—, las familias seguían optando por escapar del agobiante calor de sus recámaras y empezaron a dormir bajo los árboles de sus amplios patios cercados con viejos alambres de púas que si no impedían el paso a los animales, menos obstáculo eran para cualquier persona, y los robos de pantalones siguieron asombrando a los habitantes y a las autoridades.

Ismael y yo seguíamos con nuestras excursiones al río a la pesca de cauques y comentábamos lo que era el tema

obligado de conversación. Pero mi amigo pronto se aburría de hablar del mismo asunto y se perdía en divagaciones que siempre tenían que ver con el atraso del pueblo y en más de una ocasión me comentó acerca de la asfixia que sentía al sentirse confinado en aquel lugar.

Un día me hizo un comentario que en ese momento me sonó contradictorio:

— Pronto, este pueblo va a salir de esta modorra y va a empezar a progresar, pero para entonces tal vez mi papá y yo ya tengamos que irnos—. Y luego me preguntó de improviso—: Y tú, ¿dónde piensas seguir estudiando?

—Tal vez en la capital del estado donde vive una tía mía—le dije—. Aunque no la conozco bien y no me gustaría todavía dejar a mis padres—terminé con tristeza.

—No te preocupes, Toño—me contestó mirando melancólicamente el pueblo que ya se perdía bajo el rojo intenso del crepúsculo—. Tal vez para entonces ya puedas estudiar tu secundaria aquí mismo—. Y agarrando su estrafalaria bicicleta comenzamos el regreso a nuestras casas.

El Observador se encargó desde el primer día de dar a conocer en las ciudades vecinas el extraño suceso del robo sistemático de pantalones, tanto más extraño porque ocurría en la placidez de un pueblo que dormía perdido entre el arrullo cantarino de un río; el rumor de las milpas; la luz de las estrellas y la mirada vigilante de unas ruinas coloniales. Don Román Fernández agarró por su cuenta el compromiso de dar con los criminales, y en encendidos editoriales fustigaba a las autoridades a resolver el misterio. Él mismo desarrolló varias teorías acerca de las motivaciones psicológicas de los ladrones y en una de ellas proponía que podría tratarse de mujeres que tomaban los pantalones como símbolo de machismo y querían enviar el mensaje subliminal de que un hombre sin pantalones era un ser indefenso ante las mujeres. A esta teoría añadía otras igual de disparatadas, y con la autorización del H. Ayuntamiento ofreció una recompensa a quien aportara datos para terminar con los hurtos y el pueblo recobrar



su candidez y siguiera durmiendo tranquilamente por los siglos de los siglos.

Pero aquel irregular suceso del robo de pantalones iba a despertar de pronto al poblado y a sus habitantes de una manera irreversible. El primero que llegó un día fue un hombre que ofrecía alarmas para los domicilios pero que nunca pudo demostrar su eficacia, y a este le siguió uno más que le hacía la competencia con otro aparato igual de inútil. De pronto, comenzaron a llegar individuos que vendían pantalones ya confeccionados y que evitaban la tardanza de comprar la tela e ir con el maestro sastre ya que las prendas se presentaban en varias medidas ideales para gordos y flacos, altos y bajitos, a un precio muy competitivo y que se suponía que tendrían mucha demanda como en realidad la tuvieron. Y no solamente ofrecían pantalones, pues aprovechando el viaje traían novedosa ropa para dama que fue la admiración de las féminas que entraron de golpe a la modernidad. Llegó también una horda de vendedores de aparatos que enfriaban el ambiente por medio de humedad y de modernos ventiladores eléctricos, pero tanto los unos como los otros eran excesivamente caros y los intereses aprisionaban de por vida a quienes osaban comprarlos, aparte de que la vieja planta de luz no contaba con los requerimientos necesarios para proporcionar el tipo de corriente que se necesitaba. Así que la mayoría de los habitantes prefirieron seguir durmiendo al aire libre aunque continuara la misteriosa desaparición de pantalones.

Junto con uno de los vendedores de ropa, y atraído por la curiosidad que despertaban tan anómalos sucesos, llegó un libanés dueño de una fábrica de hilados y tejidos que inmediatamente vislumbró las posibilidades que ofrecía el lugar. Una población —decía—, que no obstante estar tan lejos de la civilización pero que estaba tan relativamente cerca de una importante carretera, y con un río tan caudaloso, era lo que andaba buscando para instalar otra de sus fábricas. Por lo tanto, y después de haber sostenido relampagueantes pláticas con las autoridades —sospechosas pláticas según se comentó mucho

después por la rapidez con que se firmaron acuerdos y permisos—, ese mismo mes de principios de verano arribó una gran cantidad de ingenieros que levantaron estudios topográficos; arquitectos que elaborarían planos y técnicos que se encargarían de instalar la maquinaria. Al final de ese año, una vez instalada la fábrica, dejamos de ir a pescar cauques porque estos desaparecieron y el agua empezó a tornarse turbia y nauseabunda, pero para entonces Ismael ya no estaba con nosotros.

Junto con el libanés, y atraído también por las noticias de tan ridículo como nunca visto suceso, llegó un español, dueño de una pequeña cadena de panaderías, quien al ver la calidad del trigo que en la región se cultivaba y que en aquel entonces se producía casi únicamente para consumo local, decidió habilitar grandes extensiones de tierra para la siembra de maíz y trigo, y con la misma sospechosa celeridad se arregló con las autoridades para empezar a construir ese mismo verano unos enormes molinos y una moderna panificadora que en aquel tiempo no nos permitió sospechar siquiera que se convertiría en una gigantesca empresa que nos traería lo mismo progreso que contaminación del aire.

Pronto las polvorientas calles se llenaron de toda clase de vehículos que transportaban gente y mercancías y todo esto trajo aparejado cambios inmediatos. Se nivelaron y se cubrieron con grava las avenidas y esto fue el principio para planear las futuras obras de pavimentación. La compañía de luz empezó a construir subestaciones y líneas de alta tensión y junto con la empresa telefónica, hicieron que al finalizar el verano sus hilos negros, como hilos de una gigantesca telaraña, impidieran ver el azul del cielo y la plácida belleza de la luna y las estrellas. Tuvo que habilitarse rápidamente a policías para que regularan el caótico tráfico y empezaran a imponer el orden en las incipientes riñas de fin de semana. El cine empezó a pasar películas diariamente y fue en esos días cuando se inauguró el primer restaurante con comidas corridas y a la carta que hizo desaparecer la pequeña fondita que atendía a viudos y solterones. Y para aprovechar el auge de forasteros, la

vieja posada, que atendía sobre todo a los arrieros con sus recuas, fue habilitada como un modesto hotelito, que sentó las bases para lo que hoy es uno de los modernos hoteles de cinco estrellas con que cuenta mi ciudad. Casi al empezar el otoño se abrió al público la primera sucursal de uno de los bancos más importantes del país. Fue en aquel entonces cuando un griego que en un tranvía tropical hacía un tortuoso recorrido traqueteando entre varios poblados aledaños, compró dos autobuses seminuevos, extendió sus rutas hasta la capital del estado y habilitó una oficinita como terminal de aquellos cansados camiones, —la misma enorme terminal en donde muchos años más tarde vería por última vez a mi amigo Ismael— y puso al frente un vistoso letrero que decía: "Autotransportes Pegaso". Y todo eso seguía ocurriendo mientras El Observador continuaba magnificando los inusuales robos de pantalones que ya para entonces habían disminuido considerablemente, Y don Román Fernández seguía elaborando las teorías más extravagantes y exigiendo furiosamente a las autoridades capturar a los ladrones.

#### --- 4 ---

Así fue como aquel verano de 1948 se descubrió el potencial económico de mi pueblo y este entró brutalmente a una era de progreso y de despegue económico. Mi padre, como presidente de la Cámara de Comercio ya no se ocupaba de fustigar a las autoridades para el esclarecimiento del robo de pantalones, no obstante que esta había sido prácticamente la razón de su fundación, sino que ahora apenas contaba con el tiempo necesario para atender las solicitudes de ingreso de docenas de negocios que llegaban al pueblo como parte del valor agregado de las empresas más importantes que ya se estaban instalando, como aquella planta procesadora de pasta de tomate que se estaba proyectando después de que llegó aquel americano con un Observador en el bolsillo y descubrió la dulzura de nuestros tomates y que fue el detonador para la creación de la futura zona industrial. Papá había dejado su tienda de mercancías en general en manos de mi madre y de mi hermano mayor y poco a poco fui testigo

de una súbita transformación: desaparecieron las telas de muselina y de organdí para dar paso a telas sintéticas de colores chillones y dibujos delirantes; las tradicionales galletas de animalitos y los deliciosos y artesanales dulces de barrilito dieron paso a golosinas fabricadas en serie y empaquetadas herméticamente pero de dudoso gusto y sospechoso contenido, y los arreos para bestias de carga y los antiguos equipos de labranza cedieron los anaqueles a refacciones para las nuevas maquinarias y todo siguió cambiando, sobre todo años más tarde, cuando mi padre y mis hermanos se asociaron con inversionistas asiáticos y el antiguo negocio se convirtió en una poderosa tienda de autoservicio. Y así, yo sentía el cambio que se operaba en mi vida junto con la tienda de mi niñez y una incómoda inseguridad se anidaba en mi alma, hasta que un día de ese mismo verano escuché a mi padre comentar que para el próximo ciclo escolar ya contaríamos con una modesta escuela secundaria y un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar las proféticas palabras de Ismael. Así estaban las cosas casi al final de aquella larga estación estival, cuando llegaron al pueblo aquellos turistas canadienses.

Las ruinas que se encontraban al otro lado del río habían permanecido ahí por más de cuatrocientos años ante la mirada indiferente de pobladores y de autoridades, que dejaban que sirvieran de refugio a vagos y borrachos. Muchos pensábamos que eran construcciones cuyos dueños no habían podido terminar por cuestiones financieras y esperábamos que algún día se concluyera su construcción, mientras que otros decían que eran colosales fincas de grandes hacendados destruidas por las bombas de alguna olvidada revolución. En realidad, se trataba de un templo construido como muchos otros por los jesuitas posiblemente en el siglo XVI y abandonado tras su expulsión en el siglo XVIII, aunque los estudiosos no se ponían de acuerdo acerca de quién o qué había sido el culpable de su destrucción. Nosotros y nuestros antepasados mirábamos las silenciosas ruinas sin que nada nos dijeran, acostumbrados a vivir junto a ellas, en tanto que ocasionales visitantes llegaban desde lejos a admirarlas y hablaban maravillas de su portentosa



arquitectura y del eco que creían percibir de su glorioso pasado. Ismael pasaba horas enteras, que a veces le robaba a sus estudios, dibujando los callados vestigios de lo que se suponía habían sido fastuosas construcciones y tomaba interminables notas, y durante muchos años, aún mucho después de que desapareció de mi vida, yo esperé algún libro de su autoría que tratara sobre el tema, pero jamás volví a saber nada de él hasta aquel fugaz momento en aquella terminal de autobuses.

A mí y a mis amigos, hacía mucho tiempo que habían dejado de asombrarnos los visitantes que llegaban a mirar y a hablar maravillas de aquellas ruinas que a nosotros nos parecían tan normales y con las cuales habíamos crecido. Muchos de ellos eran gente diferente a nosotros porque algunos eran muy altos y sus ojos eran de un azul intenso como nunca habíamos visto en mi pueblo; otros eran chaparritos, con ojos tan angostitos que no nos permitían observar su color y algunos otros se vestían con ropas estafalarias y reían y bailaban con una alegría contagiosa. Y todos hablaban en un lenguaje que mis amigos y yo no entendíamos pero nos maravillaban aquellos sonidos, algunos tan rápidos que eran como un río caudaloso de palabras, otros que sonaban autoritarios y a veces ofensivos y algunos dulces y melodiosos como trino de pajarillos. A veces, reconocíamos entre ellos algunas voces en nuestro propio idioma, pero con algunas palabras tan distintas y con una cadencia tan extraña, que a veces se nos hacía difícil entenderlos. Llegaban en verano convirtiendo las ruinas en una Torre de Babel y en un depósito de botellas vacías y de envolturas de chicles y golosinas. Tomaban fotografías hasta que se les acababa el rollo y luego colocaban otro en sus modernas cámaras y tomaban notas mientras consultaban los folletos que habían conseguido en las oficinas de turismo de la capital del estado, y yo me preguntaba mucho tiempo después cuántos rollos serían realmente revelados y cuántas de aquellas notas no se perderían entre los cientos de inútiles baratijas que compraban aquellos extraños diletantes como recuerdos de sus viajes por exóticos y remotos lugares.

Fue una jovencita hija de una familia de canadienses quien por curiosidad, o por la urgente necesidad de alejarse un momento de su grupo, encontró aquella cueva que se encontraba fuera del área de visita para los turistas. Era una gruta que se había formado a través de los años y mil historias se contaban acerca de ella. Se aseguraba que estaba llena de esqueletos de cuerpos que habían sido arrojados ahí desde las guerras de independencia hasta las luchas revolucionarias y se le achacaban docenas de historias acerca de celosos guardianes de ultratumba que cuidaban que nadie profanara aquel lugar, y de gritos y lamentos que se escuchaban por las noches de las almas que buscaban el eterno descanso. Desde luego, nada había de cierto acerca de los esqueletos de los supuestos mártires y mucho menos de los gritos y lamentos, pero si las personas mayores ya no se acercaban por indiferencia a la caverna, a los chicos un respetable temor nos mantenía a prudente distancia de ella.

—*¡Oh, mon Dieu, c'est une boutique!*—exclamó la hermosa canadiense, y su grito se elevó por los aires y cruzando el río llegó a los oídos de los ocupados pobladores, y algunos de los más viejos fueron a comprobar el asombroso descubrimiento. Apilados en el fondo de la cueva, sobre una larga cama de piedras se encontraban doblados cuidadosamente todos los pantalones que habían sido sustraídos a sus dueños durante todo aquel largo verano. Ahí estaban desde las primeras prendas que desaparecieron de las casas del maestro mecánico, del boticario y del velador aquella noche en que comenzaron aquellos sucesos que habrían de cambiar el destino de mi pueblo, hasta las que habían desaparecido hacía apenas una semana. Y no solo eso, cada pantalón conservaba su correspondiente cinto, y en las bolsas se encontraron las pertenencias que llevaban al momento del hurto y no faltaba ni un billete de las carteras, ni un centavo de las monedas sueltas y ni siquiera una llave de tantas que podían haber abierto las puertas de casas y negocios en todo el pueblo. Pero lo que más asombro causó a los habitantes y a las autoridades fueron las huellas, que se miraban por doquier, incluso dentro de la gruta, de unas llantas gordas de bicicleta

con un dibujo muy sofisticado que todos los integrantes de aquella pandilla que pescábamos cauques en el río y cazábamos conejos a pedradas conocíamos tan bien.

Don Román Fernández y su hijo vivían en la planta alta de la vieja casona en donde editaba El Observador y hasta ahí llegaron las autoridades para iniciar la investigación, pero Ismael ya se había ido, llevándose su bicicleta de llantas gordas y extraño dibujo, aunque fueron pocas las personas que pudieron asombrarse con el suceso ya que con el frenesí de las nuevas oportunidades de trabajo y el delirio de las construcciones que no se detenían ni de día ni de noche, ya eran pocos los que se ocupaban del robo de los pantalones. Don Román cerró las puertas del periódico y ocultó su vergüenza dentro de las cuatro paredes de su habitación, aunque en el pueblo no faltaron personas insensibles que murmuraron que su pena no se debía tanto al papel protagónico que su hijo había desempeñado en los absurdos acontecimientos, sino al hecho de que se había esfumado su mejor teoría acerca de una peligrosa banda cuyos siniestros fines serían tal vez socavar la confianza de todo un pueblo y convertirlo en presa fácil de agentes extranjeros, para aplicar progresivamente el mismo procedimiento en todo el país, y que se habían derrumbado así mismo sus ilusiones de que fueran él y su periódico los que pusieran al descubierto tan peligrosa confabulación internacional. En esos días llegó un periodista alemán que venía huyendo de las calamidades de la posguerra en Europa y compró lo que quedaba aprovechable del periódico. Lo suscribió a todas las cadenas internacionales de noticias, le agregó unas páginas de contenido amarillista y de escándalos de gente famosa y al poco tiempo, El Observador (porque conservó su nombre), contaba con sucursales en las principales ciudades del país, pero en sus páginas jamás se volvió a mencionar el tema de la banda de los robapantalones. Don Román Fernández salió del pueblo por el camino opuesto a aquel en donde todavía se observaban las huellas de llanta gorda y dibujo sofisticado de bicicleta y por donde él consideró que había salido Ismael y nunca más volvimos a verlo.

Recordé todo en el fugaz momento en que aquel hombre de ojos amarillos me miró para desaparecer inmediatamente y al venírseme en tropel los recuerdos, me pregunté la causa por la cual Ismael no había dado la cara cuando se descubrió el misterio del robo de pantalones y por qué no había aclarado la razón de su extraño comportamiento. Y de pronto, al mirar a mí alrededor, comprendí que si mi amigo se hubiese quedado, explicando sus motivos, la magia de aquel tiempo hubiera explotado como una burbuja de jabón y los acontecimientos no se hubieran seguido desarrollando como se desarrollaron y no pude dejar de imaginar, no sin cierto desagrado, que debía de haberlo empujado a llevar a cabo sus acciones un fanatismo místico, y que él esperaba una especie de sacrificio y expiación de su parte para que todo saliera según sus planes. Pero, ¿Por qué ahora huía de mí, después de tantos años?

Miré las instalaciones de la enorme y moderna terminal donde convergían todas las rutas del país y observé que los camiones de la línea "Autotransportes Pegaso, S. A. de C. V." ocupaban la mayor parte de los andenes. Por comodidad y para evitar el cansancio y el peligro que suponía manejar su propio automóvil, mi esposa prefería viajar en aquellos lujosos autobuses y mientras la esperaba recordé con un dejo de nostalgia el humilde tranvía tropical y los dos camiones seminuevos con los cuales el griego había comenzado durante aquel intenso verano. Sentí de pronto que me encontraba atrapado entre un pasado ya irreconocible y un presente un tanto incierto. La vorágine de progreso había hecho que la fortuna le sonriera a muchos, pero a muchos más los había golpeado la adversidad. Cuando mi padre y mis hermanos se asociaron con los inversionistas chinos y transformaron la vieja miscelánea en una moderna y poderosa tienda de auto servicio, yo me instalé en mi modesto despacho de abogado y desde ahí he visto pasar la vida y he observado cómo tanta gente hoy desconocida para mí, ha construido

un andamio de ilusiones mientras que otros han visto hacerse añicos sus sueños en la enorme y engañosa ciudad.

Todavía con el recuerdo de Ismael y con aquella pregunta martilleando en mi mente, me dirigí al puesto de revistas para comprar un periódico y en el momento de meter la mano a la bolsa para sacar el dinero, descubrí en los ojos del empleado una mezcla de temor y desconfianza, y hasta entonces me di cuenta que el local se encontraba fuertemente protegido por barrotes de acero. Miré a mi alrededor y observé que todos los negocios se encontraban igualmente protegidos por rejas y aun algunos por cámaras de circuito cerrado y todo el edificio semejaba una enorme cárcel en donde paradójicamente los más vulnerables se encontraban afuera y la seguridad consistía en vivir encerrado. Salí un momento a la calle y de pronto, sorprendentemente me produjo náuseas el acre olor del humo de las fábricas que entraba a mis pulmones y me invadió un sentimiento de soledad y me sentí perdido entre aquella jungla de luminosos anuncios con nombres extranjeros.

Y de pronto comprendí que aquella interrogante ya no tenía sentido.

## Una razón para escribir

**T**erminé de escribir mi primera novela cuando tenía veintidós años y creo que solo alcanzaron a leerla mis familiares más cercanos; algunos amigos que habían recibido de mí importantes favores —sobre todo cuando dejaba que me copiaran descaradamente durante los exámenes de Lengua y Literatura Española—, y también la leyó el señor Diódoro Martínez, director de la preparatoria local, quien años antes ya insistía en que tenía yo por delante un exitoso futuro en el mundo de las letras.

—Calíope coquetea con usted, Maldonado—me decía emocionado don Diódoro en mi época de estudiante, cuando emborronaba cuartillas soñando con escribir algún día la gran novela latinoamericana.

Yo no comprendía qué demonios tenía que hacer esa dichosa musa en mi futuro, pero en aquel pueblo olvidado de Dios y olvidado de la Secretaría de Educación Pública, aquello equivalía a recibir el Premio Cervantes de Literatura, aunque sospechaba que mi ilustre maestro no tenía la más leve idea de lo que decía. Yo hubiera preferido que mejor me coqueteara la muy coqueta Silvia Inés, la

rubia y espigada porrista que era el sueño irrealizable de todo el elemento masculino de la preparatoria. Tenía unos hermosos ojos intensamente azules, lo cual ya era todo un acontecimiento en aquel lugar, pero ella solo dirigía su mirada azul al capitán del equipo de baloncesto, el guapo y atlético Iván Montemayor y yo sabía que la altiva rubia nunca desperdiciaría su tiempo mirando a un pobre escritorcillo en ciernes como apuntaba yo a ser en aquellos tiempos.

Al terminar la preparatoria yo me fui a la ciudad de México a iniciar mis estudios de Filosofía y Letras. Conseguí un empleo de medio tiempo en un modesto periódico y todavía me daba tiempo para escribir. De manera que cuando apareció la novela de marras, volví por unos días a mi pueblo invitado por mis amigos, que habían programado la presentación del libro y por don Diódoro Martínez quien le decía con orgullo a todo aquel que quisiera escucharlo que él había descubierto un diamante en bruto, y a pesar de que mis amigos aseguraban que muy bien podía prescindir del sustantivo dejando solamente el adjetivo, mi antiguo maestro y todavía director de la preparatoria se apresuró a programar varias veladas literarias en mi honor y en donde yo era, por supuesto, el invitado con quien todo el poblado quería intimar.

El último día de mi estancia en el pueblo, el señor Martínez me solicitó como un favor muy especial que impartiera una plática acerca de literatura con los estudiantes de tercer grado de la preparatoria. Yo ya sabía acerca de la aversión que le tienen la mayoría de los jóvenes estudiantes a leer algo más que no sea una revista de espectáculos y me preguntaba si podría sostener su atención por más de cinco minutos. Porque sabía también que a esa edad los chicos no prestaban mucha atención a las formalidades, y si una clase o una disertación les enfadaban, abandonaban poco a poco la habitación y dejaban al maestro o al conferencista platicando solamente con las paredes.

Pero con la ayuda de la linda y agradable joven encargada de la biblioteca del plantel, una hora más tarde me encon-

traba todavía respondiendo preguntas acerca del contenido del libro, de la edición y hasta de la portada, que en un principio a mí me resultaba incomprensible. Y de pronto, vino una pregunta para mí inesperada:

—¿Y para qué se escribe?—preguntó Amalia Romero, una hermosa chica de dieciocho años, ataviada con una polémica minifalda que había estado perturbando mi imaginación durante toda la plática.

El tono de su pregunta no me dejaba dudas. Ella no cuestionaba que se imprimieran libros. Por la cadencia de su voz, me pareció comprender su duda acerca de la utilidad de los mismos en un mundo que a su entender, ya estaba bastante comunicado con el teléfono y las computadoras.

—Hace miles de años, el hombre ha expresado sus ideas a través de la palabra escrita —empecé a explicarle— y lo seguirá haciendo para demostrar sus nuevos conocimientos, o una nueva forma de amar, o tal vez su propia verdad, porque cada uno es dueño de sus propios sentimientos y los demuestra al mundo de manera diferente.

—Se escribirán libros hasta que ya no exista ninguna duda entre nosotros—, continué—, hasta que hayamos expresado todas nuestras pasiones y nuestras emociones, y hasta que hayamos extraído todo el conocimiento del universo.

—Escribir es tan engorroso y tan cansado —contestó ella—. ¿Para qué escribir cientos de páginas si basta con un e-mail o una llamada telefónica para enterarse de todo?

Sospeché que toda una nueva cultura de pereza mental y hastío se había apoderado de las últimas generaciones junto con los adelantos tecnológicos y comprendí lo difícil que sería hacer comprender a una adolescente acerca de la riqueza e importancia de los libros y de la literatura universal.

—¿Tienes novio?—le pregunté de improviso, cambiando abruptamente de táctica.

—Sí—dijo ella al tiempo que un rubor subía a sus mejillas.

—¿Está él aquí ahora?

—No—contestó con un suspiro—. A Fernando lo mandaron sus papás a España en un intercambio de estudiantes y estaremos separados durante un año que se me hará eterno.

—Me imagino que se llaman por teléfono todos los días—le dije con una sonrisa maliciosa.

—¡Ay, no!—casi gritó—. El teléfono es carísimo y nos da pena molestar a sus anfitriones comunicándonos por el Messenger.

—¿Y si le escribieras una carta?—, le preguntó con dulzura Lluvia, la joven bibliotecaria, retomando al vuelo la intención de mis preguntas—. Tendrás ante ti un montón de hojas blancas. ¿Acaso le dirás solamente: “Te extraño, Sinceramente tuya: Amalia.”?

La chica miró un poco cohibida a sus condiscípulos que ahora estaban más atentos que nunca a la plática, y contestó lentamente:

—No. Sí le diría que lo sigo queriendo mucho, y que le echo de menos cada día más—. Hizo una pausa, nos miró a Lluvia y a mí, y entonces su voz se convirtió en un torrente de emociones.

—¡Ay!—suspiró—. Le diría que el salón de clases está triste sin él. Que en la tiendita ya no me saben igual las quesadillas y los burritos que comíamos juntos. Que en el borde del caminito por donde todas las tardes nos íbamos tomados de la mano ya no crecen los girasoles tan bonitos como antes, y que el río de mi rancho, donde tirábamos piedritas para que rebotaran en la superficie cuando nos sentábamos en la orilla, ya no murmura tan bonito como cuando él estaba juntito de mí.

—¡Ay, Sergio!—, exclamó con mucha confianza mientras me miraba fijamente y yo advertía cómo ella se transformaba por instantes, de una estudiante adolescente en una joven que florecía a la vida y al amor, y su minifalda dejaba de perturbarme—. Miles de hojas blancas necesitaría para contarle a mi Fernando todos mis anhelos y los sueños que he forjado para cuando estemos juntos al fin, y litros de tinta ocuparía para escribirle del desespero que siento de tenerlo lejos y las ansias de hacer realidad los planes que él me ha contado que tiene para cuando terminemos nuestros estudios.

—Entonces, ¿ahora sí crees tú que hay una razón para escribir?—le pregunté sonriendo.

—¡Claro!—exclamó—. ¿Y sabes una cosa, Sergio? Creo que yo también me dedicaré a escribir novelas.

—En hora buena—le dije sonriendo.

Me despedí de Lluvia y de todos los alumnos y en la tarde le dije adiós a don Diódoro Martínez que se encontraba complacido con la noticia de que sus alumnos hubieran aguantado más de una hora de conferencia, y como nadie le platicó del escepticismo de Amalia y de su encuentro con sus propias emociones y con el mundo de la literatura, el director quedó convencido que todos sus alumnos habían ya madurado, cosa que al fin de cuentas, no estaba muy lejos de la realidad.

Esa misma noche, yo me fui a la gran ciudad.

## -- 2 --

Cinco años después, tres novelas de Sergio Maldonado se exhibían en las librerías y mi nombre empezaba a sonar fuerte en los círculos literarios del país y aún en el extranjero. Una de mis novelas ya había sido traducida al inglés y acababa de firmar un contrato por tres años con mi editorial por dos libros más. Mi cuenta de cheques no aumentaba considerablemente como la de otros escritores comprometidos con alguna causa, pero el fantasma de la



pobreza que me persiguió cuando niño había desaparecido y yo me vi tentado a escribirle a don Diódoro Martínez para preguntarle a cuál de las famosas nueve musas, al fin de cuentas, debía mi creciente éxito. Pero mi antiguo maestro había muerto en el salón de clases en donde impartía su diaria cátedra de literatura y en su tumba habían escrito el ampuloso epitafio que él mismo había diseñado cinco años antes de su deceso y que hacía dibujar una sonrisa burlona en los labios de quienes visitaban su tumba: “Forjó hombres de letras y dio luz a la humanidad.”

Asistí al sepelio del viejo director de mi preparatoria porque aún con su afectación y esnobismo, yo le había tomado un gran afecto ya que él fue el único que me había alentado en mi loca y romántica carrera de escritor. Además, quería volver a caminar por las calles de mi pueblo que poco a poco empezaba a transformarse en una pequeña ciudad industrial con todos los servicios, y en donde nadie se extrañaba ya de ver a un joven soñador dedicarse al arte en cualquiera de sus expresiones.

Quería establecer un patrón entre los fantasmas del pasado y mi actual situación para ver si todo había valido la pena y encontré a mi padre detrás del mostrador de su ferretería donde yo nunca había querido despachar ni un solo clavo. Mis amigos de la preparatoria habían terminado sus carreras y vivían en la rutina de la seguridad de sus empleos en las empresas que empezaban a arribar a la ciudad. Iván Montemayor, el antiguo capitán del equipo de baloncesto y a quien yo envidiaba más que a nadie por sus conquistas amorosas, se había fracturado una rodilla y hacía mucho tiempo que había dejado de jugar baloncesto. Estaba empezando a engordar y una incipiente calvicie le otorgaba un aire de madurez prematura y ahora se aburría en una agencia de seguros que manejaba junto a sus hermanos. Recordé mi libertad de pensamiento y mi libertad de acción y de pronto, tuve la convicción de que tenía todo el mundo en mis manos. Y me sentí feliz.

—Deberías de ir a la librería “Renacimiento”—me dijo Lluvia esa mañana—. Te vas a encontrar con una agradable sorpresa.

Tenía que tomar el avión esa tarde pero decidí obedecer el consejo de mi amiga y tomarme diez minutos para descubrir el misterio que encerraba la sugerencia, y justo al entrar a la tienda de libros descubrí la sorpresa: sentada frente a una pequeña mesa, Amalia Romero atendía a una respetable fila de personas —la mayoría muy jóvenes—, que le solicitaban que estampara un autógrafo en su primera novela que acababa de publicar.

Era una novela corta escrita en un lenguaje muy ágil y su autora manejaba los personajes de una manera muy amena aunque con un profundo y oculto trasfondo psicológico que no alcancé a definir si era premeditado o involuntario. Muy lejos había quedado aquella Amalia que junto con sus compañeros, desconocían lo más elemental acerca de redacción, estilo, y sobre todo, ortografía. Manejaba un idioma elegante y sobrio y sus protagonistas —gente común y ordinaria— siempre llegaban a alcanzar la redención. Era una novela escrita por una mujer joven, de una fresca espontánea, para jóvenes de una nueva generación.

Cinco años habían cambiado significativamente a Amalia Romero. Ahora me encontré frente a una hermosa mujer de veintitrés años que sabía perfectamente de lo que hablaba y quien demostraba a cada paso firmeza y confianza en sí misma. Vestía un conjunto juvenil pero de cierta elegancia y no pude evitar que viniera a mi mente el recuerdo de aquella ingenua minifalda con la que me perturbó a mí y con la cual perturbaba a los chicos de su generación.

—¿Y qué pasó con Fernando?—le pregunté, después de que juntos recordamos todo acerca de su vida y de sus logros desde aquella plática en la que decidió, a pesar de su escepticismo hacía la literatura, y por amor a su amado, dedicarse a escribir.

Pero inmediatamente me arrepentí de haber formulado la pregunta, porque noté que una sombra nubló su brillante mirada.

—Él se quedó estudiando en España—empezó a decirme—.

Pero venía cada año por vacaciones —prosiguió— y me traía el paquete de cartas que yo le enviaba cada semana año tras año, y nos íbamos a leerlas una y mil veces a la orilla del río. Y me rogaba que no dejara de escribirle ya que en aquellas cartas yo le descubría cada granito de mi mente y cada secreto de mi corazón, y para él, aquel papel era el pan que alimentaba su alma y aquella tinta era la sangre que le daba fuerzas para soportar estar tan lejos y poder volver a mí.

—Ahora está trabajando en una importante empresa en Madrid—continuó—, y hace un mes leí en una revista de sociales que se había casado con una rica muchacha española hija del presidente del consejo de la empresa para la cual trabaja.

—Ya lo ves—concluyó con una sonrisa que murió en sus labios—. Estamos otra vez como aquella mañana en que platicamos acerca de la inutilidad de escribir.

—No te preocupes—le dije, y al decirlo sentí de pronto unas inmensas ganas de encontrarme en mi departamento en la ciudad de México—, siempre hay otra razón para hacerlo, y tú ya estás en el camino para descubrirla.

### -- 3 --

El avión que me llevó a la inmensa, caótica y hermosa ciudad capital llegó casi con una hora de retraso debido al mal tiempo, y hube de sufrir otro retraso de cuarenta minutos a causa de los plantones de inconformes que hacía muchos años se habían constituido en un dolor de cabeza para quienes teníamos que desplazarnos diariamente de un extremo a otro de la enorme urbe. La impaciencia se iba apoderando de mí cada vez con más intensidad y el corazón me latía con más fuerza con cada metro que me acercaba al momento de tener entre mis brazos a la maravillosa mujer que hacía tres años compartía mi vida. Y no pude evitar una sonrisa porque de pronto descubrí que al final, era ella la verdadera musa que iluminaba mi vida y no las musas mitológicas que poblaban la mente fantásica de don Diódoro Martínez.

Ella no había podido acompañarme en mi corto viaje porque se encontraba preparando su tesis sobre historia del arte, y como el arte es tan intemporal y no tiene fronteras, ella acopiaba toneladas de datos, fechas y cifras con un frenesí que parecía no tener fin.

De manera que me estaba esperando y no hubo necesidad de palabras para calmar mi impaciencia y para que ambos llenáramos el vacío que nos devoraba tras aquella corta separación. Cualquier hora separados significaba un año después de la incertidumbre que había precedido a nuestra unión, una unión que en una época a mi me había parecido imposible y que me había obligado a luchar contra molinos de viento y gigantes malignos.

— ¿Y cómo se encuentran los fantasmas de nuestro pueblo?—me preguntó ella después, en la fría mañana, cuando el sol luchaba aún por abrirse paso entre el humo y la neblina. Y al hacerme la pregunta me envolvió en aquella su mirada azul que me enloqueció desde la primera vez en que me la negó.

—Nuestra ciudad está creciendo muy rápidamente—le dije todavía adormilado—, y a los fantasmas los están guardando en los armarios y en los cuartos de los tiliches. Aunque estoy seguro que algunos saldrán de ese lugar —murmuré— y se convertirán en esplendorosas realidades.

—¿Sabes una cosa?—le dije de repente, mientras la acariciaba con ternura—. Yo sí creo que siempre hay una razón para escribir.

Ella comprendió la intención de mis palabras, porque me miró con sus ojos intensamente azules, tan raros en nuestro pueblo, y me besó con pasión.



## Una inútil carta de amor

-- 1 --

**A** huevo, dijo mi tata! — exclamó Margarita.  
A Fernando le extrañó escuchar de labios de su esposa semejante frase por tres razones: la primera, porque ella no acostumbraba usar en su lenguaje frases tan prosaicas; la segunda, porque los afectuosos y arcaicos tratamientos de tata y nana habían desaparecido hacía mucho tiempo del vocabulario de las familias de uno y de otro y habían sido sustituidos por los pedantes equivalentes de abuelo y abuela; y la tercera, porque no era la primera vez que había oído esa expresión, sobre todo en la casa materna de su mujer. La utilizaban en son de broma ella y sus hermanas y aun los amigos más íntimos cuando querían dejar en claro que habían ejecutado un acto que no era de su agrado o que tendrían que ejecutarlo. Cuando Fernando le preguntó por el origen de la frase de marras, Margarita le contó una anécdota superficial acerca de su abuelo y de una antigua empleada de la casa, pero lo que ella le narró a manera de chiste privado, dejaba tal sabor a

misterio y a historia inconclusa que él no pudo resistirse a investigar sus orígenes y poco a poco fue desenterrando el relato de un amor que sucumbió ante la ignorancia y de un odio que fue más allá de la muerte.

En la época en que Fernando conoció al tata Nabor y a la Chela estos eran tan viejos que no eran ya más que polvos que se resistían a convertirse en polvo. Don Nabor era entonces un hombre que se encontraba muy cerca del suelo, pues los miles de botes llenos de cemento que había cargado durante los últimos años que trabajó como albañil lo habían convertido en un hombre pequeñito y encorvado de no más de metro y medio de estatura. Tal vez su misma condición de hombre bajito lo puso en santa comunión con la tierra y para que el ocio no lo acercara más rápidamente a la muerte, sembraba en botes plantitas de mango y de cactus que luego sacaba a vender en la banqueta de la vieja casona. Los que no vendía al final de la tarde los regalaba y al día siguiente volvía a empezar.

Cuando Margarita se casó, el tata gustaba de que lo invitara a comer cuando menos una vez a la semana para seguir disfrutando de su cariño y tratar de entablar plática con su esposo, a quien apreciaba instintivamente porque intuía el gran cariño que el joven sentía por su nieta consentida, y a Fernando le interesaba la idea de sonsacarle relatos auténticos acerca de la revolución y de las infamias de las tiendas de raya y otras truculencias, testimonios que él leía o escuchaba cada vez más distorsionados, pero que le servían para armar sus clases de historia que impartía en la preparatoria local. Pero la voz del anciano era ya para entonces apenas un susurro ininteligible que se perdía entre el murmullo de la fuente del jardín y entre el gorjeo de los pájaros. Solo cuando más tarde, después de la comida, se dormía con un sueño intranquilo, se le oía mencionar insistentemente a la Chela y maldecía una carta que en realidad él nunca leyó, simplemente porque Nabor García nunca aprendió a leer ni a escribir.

-- 2 --

En 1925 la familia de los Armendáriz dominaba todo el municipio. Habían constituido una red de parentescos tan extensa y tan enredada que muchos años más tarde, cuando Margarita trataba de explicar a su marido la razón por la cual la muchacha que acababan de encontrar en la calle era su pariente, Fernando se perdía en el laberinto de nombres y fechas y terminaba simplemente por aceptar la explicación y luego olvidarse de ella, pues argumentaba que no había que atiborrar el cerebro con tanta información inútil. Y es que sucedía frecuentemente que dos hermanos Armendáriz contraían nupcias con dos hermanas Ramírez, o que un joven Armendáriz y su hermana se casaban con una señorita Pérez y su hermano, formando una confusión de apellidos paternos y maternos que solo las mismas familias podían aclarar.

Estos poderosos señores caciques y latifundistas controlaban la vida política de todo el municipio y se repartían entre hermanos, sobrinos, tíos y primos y aun entre parientes más lejanos, todos los puestos públicos de importancia, desde la presidencia municipal hasta las sindicaturas y comisarías más alejadas. Eran dueños de miles de hectáreas de las mejores tierras de cultivo y de miles de cabezas de ganado y eran amos y señores de cientos de sirvientes que no conocían otros horizontes que las propiedades del clan de los Armendáriz. Era el pago de los servicios prestados por el antiguo capitán Alberto Armendáriz y era la secuela de una revolución que demostraba que todavía había mucho por cambiar en el país.

En ese año llegó Nabor García a trabajar a la casa de don Alberto Armendáriz.

--3 --

Venía de un municipio serrano donde se había desempeñado como arriero recorriendo toda la serranía con su recua de asnos intercambiando cueros ya curtidos por quesos

y asaderas, o melcocha y miel por cintas y abalorios, y cientos de artículos más que eran de uso común en aquella época. Era un hombre que andaba por los veintiocho años, de estatura mediana, moreno, y tan silencioso y solitario como solo puede serlo una persona acostumbrada a pasar días y noches solamente en comunión con sus animales y las estrellas. Llevaba consigo una niña de dos años de edad. Era una criatura tan dulce y tan linda que doña Catalina, la esposa de don Alberto Armendáriz la tomó inmediatamente bajo su protección.

Hacia ya tres años que Nabor había decidido dejar su errante profesión, tal vez porque se sentía cansado, o quizá porque los modernos sistemas de transporte iban borrando de un plumazo los ya obsoletos métodos de cambalache, aunque lo más seguro era que en su decisión había influido definitivamente la hermosa María Antonia. La había conocido en una aldea remontada en lo más alto de la sierra y su solitario corazón sucumbió ante los ojos claros, la nariz recta, la sonrisa radiante y la piel de durazno de la linda muchacha. Se casaron en el pueblo de ella, arriba, muy arriba, muy cerca de la justicia divina. Pero si estaban muy cerca de la protección de Dios, estaban muy lejos de los cuidados de la ciencia, y pasado un año, después de un parto particularmente difícil, atendida solamente por las viejas comadronas que a métodos medievales añadían ritos religiosos y paganos, María Antonia moría dejando una niña y un padre desamparados. Una, porque acababa de llegar a un mundo hostil, y el otro, porque tras largos años de deambular por caminos solitarios, no había aprendido nada del difícil arte de ser padre. De manera que después de dejar a la pequeña María Antonia al cuidado de los padres de su mujer, Nabor decidió recoger las migajas de su profesión de arriero, pero descubrió que ya no quedaba nada de su antiguo negocio y pesados camiones que empezaban su lenta labor de contaminación con su ruido ensordecedor y su hedor a gasolina habían acabado con su mundo y con su antigua vida.

Nabor hizo un inventario de su existencia y descubrió que aparte de su actividad como conductor de acémilas solo

le quedaba aquella fugaz etapa de su adolescencia cuando durante la revolución, siendo casi un niño, sirvió fielmente a las órdenes del capitán Armendáriz, y tomando a la chiquilla bajó hacia el valle y así llegó al municipio vecino y a la hacienda de don Alberto Armendáriz. Y ahí conoció a la Chela, pero también conoció a José Ramón Valdez.

#### -- 4 --

Graciela Garibaldi había llegado de la misma región de donde venía Nabor García aunque ella vivía en una población muy alejada. Contaba en aquel entonces con veinticuatro años y era una joven muy bien proporcionada para su edad, con una esbelta cintura, y amplias caderas. Aunque no era hermosa, tenía una cara bonita, unos ojos inteligentes y un porte que la hacían aparecer muy diferente de las demás chicas de su pueblo. Graciela era maestra y un mes antes de la llegada de Nabor y su hija había sido contratada por el dueño de la hacienda para que regularizara en sus estudios a su hijo, también de nombre Alberto, un chico de doce años que mostraba una aversión tan grande al estudio como una precoz inclinación a la baraja y a las mujeres.

Los padres de Graciela fallecieron en tales circunstancias que los vecinos hablaron de ello durante muchos años hasta que un nuevo suceso vino a admirarlos nuevamente. Un día de septiembre de 1918, cuando el río venía más crecido e impetuoso, el padre —con la necedad de los viejos de aquella época—, insistió en cruzarlo junto con su esposa en una canoa para ir a visitar a unos compadres que vivían en la otra rivera. La panga zozobró y los cuerpos fueron encontrados muchos kilómetros río abajo en un embalse hecho por campesinos del lugar.

Cuando terminó sus estudios primarios, que era todo a lo que podía aspirar, la niña había recibido como regalo de sus maestros un libro de cuentos infantiles empastado con cubiertas de fina piel y al frente, estampado con letras de oro, su nombre completo: "Graciela Garibaldi Peña".

La lectura de ese libro hizo que su imaginación volara sin límites y soñaba con princesas encantadas que llevaban a cabo actos heroicos o que bailaban toda la noche y terminaban con los zapatos rotos; con chicas humildes a quienes las hadas les cumplían sus sueños, o con un apuesto príncipe que en un caballo blanco la llevaría muy lejos al reino de la felicidad. Y con esos sueños de fantasía decidió que deseaba que toda la gente supiera leer y escribir y compartiera con ella su mundo de dicha y con ese propósito a los diecisiete años se convirtió en la maestra más joven de su comunidad.

Pero el destino solamente dio la vuelta a la manzana y volvió para hacerle la misma jugarreta. Vivía con un hermano y una hermana, ambos solterones, que habían desarrollado un infinito miedo de amar y de aceptar responsabilidades, tal vez porque nunca olvidaron el carácter autoritario del padre a quien le atribuían la muerte de la pareja.

Luis, el hermano mayor que andaba por cumplir los cuarenta años, era de oficio carpintero y se mostraba indiferente ante las muchachas que le llevaban a arreglar una silla o una mesa y que le coqueteaban descaradamente. Una mañana de agosto en que se levantó muy temprano para terminar un trabajo antes que arreciara el calor, sintió que todo el taller daba vueltas a su alrededor y a las seis de la mañana falleció a causa de una afección cardíaca. A las tres de la tarde, durante el velorio, el ambiente era pesado y asfixiante. Las paredes lucían cubiertas de imágenes religiosas, y el zumbido de moscas y abejorros; el olor nauseabundo de flores y de cirios; las letanías de interminables rosarios; el calor infernal que sobrepasaba los cuarenta grados centígrados y el dolor por la pérdida irreparable de su hermano, hicieron que a Reyna, la hermana de treinta y ocho años, quien había perdido la oportunidad de casarse hacía mucho tiempo porque no aceptó irse a vivir a quince kilómetros de distancia, la habitación le diera vueltas a su alrededor y muriera también de una afección cardíaca. Los vecinos, que años antes habían asistido al doble funeral de los padres de Graciela y ahora miraban pasar el doble cortejo de sus

hermanos, pronto profetizaron un destino inexorable para la joven maestra condenándola a morir en pareja, por lo que los jóvenes pretendientes que podrían haberse hecho ilusiones con su amor, decidieron no arriesgarse a un futuro tan inquietante y la chica se fue quedando cada vez más sola.

Fue entonces que Graciela aceptó el trabajo en la hacienda de los Armendáriz y ahí encontró a Nabor García. Pero también a José Ramón Valdez.

## -- 5 --

Cuando José Ramón Valdez Armendáriz volvió de la capital de la república después de haber dejado abandonada la carrera de leyes, se dedicó a vivir a la sombra del famoso apellido corriendo parrandas con vino, mujeres y música que nunca pagaba o que liquidaba con préstamos que nunca saldaba; o vendiendo pedazos de tierra cada vez más importantes de la herencia de su madre. Era hijo único de una hermana de don Alberto y había quedado huérfano a los dos años, cuando su padre quedó prensado bajo un tractor que trataba de reparar. Fue exageradamente protegido por toda la familia y los castigos eran ridículos en comparación con las faltas que cometía y nunca se le negó nada, de manera que creció acostumbrado a mandar y a obtener lo que quisiera, ya fuera por la fuerza o con métodos poco escrupulosos. Por eso, cuando conoció a la atractiva maestra, no dudó ni por un momento que la agregaría fácilmente a la larga lista de conquistas que por las buenas o por la mala conseguía.

Pero Graciela Garibaldi ya había entregado su corazón a Nabor García. Nunca se puso a analizar si su amor fue consecuencia de la afinidad que sentían uno hacia el otro por venir ambos de las montañas brumosas y tranquilas, o por el carácter taciturno del eficiente capataz. Este se había hecho indispensable para el manejo de la hacienda y Graciela se aplicó con ternura a enseñarle a leer y a escribir, aunque Nabor pronto demostró que tenía pocas aptitudes para el manejo de las letras. Un día le pidió a Chela que le

enseñara a deletrear su nombre que aparecía con letras de oro en el libro forrado con fina piel, y cuando alcanzó a identificar cada letra del nombre de su amada, consideró que eso bastaba para ser el hombre más feliz del mundo sin sospechar que paradójicamente esto sería la causa de su desdicha.

José Ramón buscó la amistad de Nabor esperando atraerlo a su vida de vicio y desenfreno y desacreditarlo ante la muchacha, disponiendo de todas las artimañas que conocía. A veces le contaba sus alegres aventuras con sus nuevas conquistas y después le pedía consejos para sentar cabeza y ponerse al frente de su ya deteriorado patrimonio, proyecto que jamás pensaba llevar a cabo. En ocasiones, llevaba amigos a la hacienda y llamaba a Nabor para que se tomara unas copas con ellos, pero aunque el capataz no alcanzaba a notar en la cara de quien creía su amigo un gesto de desprecio y de burla cuando lo presentaba a sus invitados, el ambiente pesado y hostil lo obligaba a tomarse dos tragos y retirarse con cualquier pretexto.

En su obsesivo afán de conseguir el amor de Graciela, José Ramón hacía todo lo posible por terminar con el romance de los dos jóvenes y en ocasiones, al calor de algunos tragos o cuando algunas veces compartía el frugal lonche con Nabor mientras éste supervisaba las labores del campo, aconsejaba a su amigo previniéndole contra el peligro de un amor entre personas tan diferentes.

—Ella es elegante e instruida— le decía. Y tú eres todavía un tosco capataz que no ha aprendido todavía a leer ni a escribir. Cuidate, porque puede estar solamente jugando contigo y algún día romperá tu corazón.

Pero Nabor no tenía ninguna duda del amor de Graciela y en 1928, la maestra del joven Alberto y el padre de la pequeña María Antonia anunciaron su boda y toda la familia Armendáriz se llenó de alegría

Menos José Ramón Valdez Armendáriz.

Una noche, quince días antes de la boda, Nabor hizo una ronda de vigilancia antes de irse a dormir y descubrió una escalera que algún albañil de los que se encontraban haciendo reparaciones en la casona principal había dejado recargada sobre una pared, muy cerca de la ventana de la habitación de Graciela situada en la planta alta de la casona. Ahí, entre el canto de los grillos y el rumor de los álamos, ella se encontraba preparando la clase del día siguiente, pues su trabajo consistía ahora en regularizar a todos los estudiantes de la familia que se encontraban atrasados.

Nabor no pudo resistir la tentación de subir y darle las buenas noches a su novia y de pronto, se encontró a solas por primera vez con su futura esposa. Chela quiso impedir, atemorizada, la audacia de su amante, pero no tuvo valor ni palabras para hacerlo. Y mientras a él lo agobiaba la soledad que lo perseguía desde la muerte de su esposa, ella recordó los funestos presagios que pesaban sobre ella desde la muerte de sus padres y sus hermanos y ante el temor que una nueva calamidad viniese a separarlos, ella se arrojó a sus brazos mientras los grillos seguían cantando con insistente monotonía y el viento azotaba con más fuerza la copa de los álamos.

Graciela había calculado con minuciosa exactitud las fechas y los tiempos al fijar el día de su boda, pues como todas las mujeres, no quería pasar por el bochorno de que la noche más importante de su vida coincidiera con los días más inconfesables de una mujer. En aquella época plagada de tabúes era impensable que un hombre sospechara siquiera que una dama pasaba por esos días.

Chela era una mujer exageradamente exacta en sus funciones fisiológicas, por eso se preocupó cuando una semana antes de la boda no se presentó su cita mensual, y pensando que todo se debía a sus nervios tanto por el inminente compromiso matrimonial que traía aparejado el anatema de la muerte de ella y de su amado, como por

el sentimiento de culpa de haberse entregado antes de la bendición de Dios, y sin tener a su lado a nadie que la aconsejara y calmara su ánimo en esos momentos de ansiedad decidió posponer la boda un mes más.

Nabor se encontraba en esos días con una cuadrilla de vaqueros recogiendo ganado que se había desperdigado hasta la orilla del mar y habían acordado que regresaría a la hacienda un día antes de la boda. Por eso, la ilusionada maestra decidió escribirle una carta confiando de buena fe que él ya podría leerla y enterarse de los nuevos planes. Y decidida e ilusionada escribió con la preciosa letra que conservó toda su vida:

*Estimado Nabor:*

*No quiero que una apresurada conclusión de mi parte acerca de una imprudencia cometida sea después de nuestra boda motivo de duda y desconfianza. Aunque ardo en deseos de que con la bendición de Dios seamos al fin el uno para el otro, una inesperada situación de la que daré noticias cuando ya te encuentres a mi lado me obliga a proponerte posponer nuestra boda una semana más.*

*Aunque el motivo de esta decisión me hace amarte más, si esto fuera posible, no quiero obligarte con él a llevar a cabo un acto que después consideres obligatorio, aunque sé que tu amor y mi amor superarán todas las dudas y seremos felices para siempre.*

*Tuya para siempre  
Graciela Garibaldi Peña*

Esa misma mañana, a sabiendas de que José Ramón pasaría por el campamento en donde se encontraba Nabor, Graciela le confió la carta para que se la entregara y le solicitó con la inocencia de una mujer enamorada que si alguna dificultad tenía todavía para leerla, él se la leyera poniendo en sus palabras la pasión que la carta contenía. El

muchacho sonrió con una mueca de satisfacción y cuando partió sintió que el sol brillaba más intensamente.

—Aquí te manda la Chela las calabazas, Nabor—dijo José Ramón utilizando una expresión común en aquellos años.

—¿Qué?—preguntó sin comprender nada el capataz.

—Pues que sucedió lo que desde hace tanto tiempo te vengo previniendo—continuó el joven—. En esta carta Graciela te manda decir que todo fue una imprudencia, que cancela la boda y que te olvides de ella. Parece que al fin ha encontrado alguien que cuando menos sabe leer y escribir—agregó con saña el traidor amigo—. Mira, aquí te entrego la carta que te manda. Aunque creo que todavía tendrás dificultades para entenderle, mi palabra es bastante garantía de lo que te digo.

Nabor tomó el papel y las letras bailaron ante sus ojos sin que pudiera entender más que unas cuantas palabras que lo llenaron más de confusión. Pero de lo que no tuvo ninguna duda fue de las letras que venían al final de la carta: ahí estaba el amado nombre que tantas veces había visto grabado con letras de oro en el libro forrado con piel. Y todo se dio con una simpleza asombrosa: con la identificación de la firma y las pocas palabras que pudo entender, creyó firmemente las medias verdades y las crueles mentiras que le vertió en el oído aquel que creía su amigo, y un odio que lo acompañaría toda su vida nubló su razón y con la ofuscación del cerebro y la desconfianza de un hombre que ha sido un solitario durante toda su vida y sin hacer más averiguaciones, maldijo a su amada y dejando a María Antonia al cuidado de la esposa de don Alberto, abandonó la hacienda de la familia Armendáriz.

Graciela esperó inútilmente el regreso de Nabor y cuando este no regresó, comprendió que él había rehuido cobardemente su responsabilidad o que había sucumbido finalmente a los presagios de una muerte inminente y lo odió con la misma fuerza con que antes lo amaba, y un mes después dejó la casona donde quedaron destrozadas todas sus ilusiones.

El joven Alberto no lo sabía pero él y todos los Armendáriz de su generación estaban destinados a ser el principio del fin del extenso cacicazgo ejercido por la numerosa familia. El juego, las apuestas y las mujeres habían sido los enemigos internos que socavaron poco a poco la riqueza del poderoso clan. Además, la situación política del país cambiaba rápidamente y aunque parecía que todo seguía igual, los diferentes grupos se reacomodaban en oleadas sucesivas y los que no se adaptaban al paso del tiempo terminaban por desaparecer. Aparte del desgaste de los años y de la falta cada vez más notoria de dinero, los terrenos de los Armendáriz se vieron afectados por invasiones fomentadas por sus enemigos políticos, y el incumplimiento en el pago de impuestos hizo que las haciendas fueran poco a poco rematadas por el Estado. Así estaban las cosas en 1940 cuando murió el capitán don Alberto Armendáriz dejándoles a sus hijos apenas unos cuantos jirones de tierra dispersos por todo el municipio.

María Antonia había crecido al cuidado de doña Catalina de Armendáriz y para 1942 se había convertido en una hermosa muchacha de 19 años cuyo rostro recordaba la belleza serrana de su madre. Había recibido la educación necesaria para una joven de aquella época pero heredó de doña Catalina el arte mágico de hacer pasteles. Todos los días el aroma exquisito de las más exóticas golosinas inundaba los alrededores y parecía que el río lo llevaba hasta la ciudad cercana pues muy pronto los pedidos comenzaron a llegar de todos los rincones y el negocio prosperó.

Don Alberto había muerto dos años antes y de la orgullosa hacienda no quedaba ya más que ruinas y unas cuantas hectáreas de tierras de cultivo que Alberto trataba de hacer producir entre madrugadas a las que no estaba acostumbrado, jugadas de póquer a las que se aficionaba más a medida que pasaba el tiempo, y miradas ardientes a María Antonia, a quien ya no miraba como su antigua compañera de juegos y confidente de sus aventuras de

adolescente, sino como a una real mujer que se le metía cada vez más en el corazón.

La muchacha se debatía entre la atracción que sentía por Alberto y la responsabilidad del creciente negocio de pastelería ahora que también había fallecido doña Catalina. Cada vez más mujeres trabajaban a su servicio y tenía poco tiempo para pensar en un romance con quien todavía consideraba solamente su amigo, aunque sus miradas furtivas mantenían latente una promesa de amor para él.

Había tenido noticias de su padre por unos viajeros que pasaron por ahí un día comprando ganado y le dijeron que Nabor hacía mucho tiempo que trabajaba como albañil, cavando zanjas y transportando sobre sus espaldas pesados botes de cemento en diversas ciudades del país. Si se preocupó por saber los pormenores de la vida su hija en el seno de la familia Armendáriz solo él lo supo, pero por mucho tiempo no trató de comunicarse con ella.

Un día, un antiguo peón de la hacienda relató que había visto a Graciela trabajando en una fonda de aspecto deprimente, especializada en mariscos, en un poblado muy distante a la orilla del mar. Al parecer, había escarbado entre las ramas de su árbol genealógico y había descubierto unos parientes muy lejanos a quienes pidió ayuda a cambio de trabajo y se olvidó para siempre del abecedario, de las princesas que danzaban toda la noche y del príncipe que vendría a mitigar su soledad.

En ese año de 1942 se casaron María Antonia y Alberto y una noche antes de la boda, sorpresivamente, apareció Nabor García. Parecía más viejo de lo que en realidad era y lo agobiaba un cansancio de años de dura labor como albañil. No dio explicación acerca de su larga ausencia y determinó que se quedaría a vivir al lado de su hija, y fue cuando empezó a llenar botecitos de tierra y a plantar cactus y mangos que regalaba cuando no los podía vender al final del día.

Pero más sorpresiva fue la coincidente llegada, una semana después de la aparición de Nabor, de Graciela Garibaldi. El cambio de la Chela era total y sorprendente: Era una mujer gorda y sucia y sus ropas eran anchas y mugrientas y por su olor se notaba que pasaba días enteros sin cambiárselas y sin bañarse. Pero su cambio más notorio se dejaba apreciar en su carácter: ahora era una persona zafia y vulgar que se tomaba confianzas que no le correspondían y como se sentía agredida con mucha facilidad, se tornaba agresiva y profería palabras impensables de oír en los labios de la linda maestra de años atrás. Pero se adaptó rápidamente a los recónditos secretos de la elaboración de los pasteles de María Antonia y logró dulcificar aunque fuera un poco su carácter entre efluvios de vainilla y olores de piñas y chocolate que mucho tiempo después harían que al probarlos, Fernando se sintiera transportado a los mares del sur gozando de la brisa del mar y exóticas especias.

Pero los dos antiguos amantes, aunque ahora vivían bajo el mismo techo, jamás volvieron a dirigirse la palabra. José Ramón Valdez había muerto hacía algunos años en circunstancias misteriosas, y nunca confesó a nadie su traición.

-- 8 --

En 1943 nació Margarita y el ya para entonces tata Nabor sintió de nuevo un calorcito en su corazón y supo que ya tenía por qué vivir el resto de sus días. A Margarita le siguieron una sucesión de hermanas y hermanos que María Antonia tuvo que criar casi sola pues Alberto vendió sus últimas propiedades a causa de una cada vez más intolerable enfermedad y se cambiaron a vivir a la ciudad.

Fernando Mendoza conoció a Margarita en 1962, el día que murió Alberto Armendáriz. El joven asistió sin mucha convicción al sepelio de un hombre al que jamás conoció, acompañando a una amiga de la muchacha y resignado a soportar los interminables rezos y el olor de coronas y velas. Pero cuando miró a la hermosa Margarita vestida de negro, con su esbelto talle y sus inolvidables ojos, sintió

un golpe en su corazón y se olvidó de rosarios, de velas y de flores y hasta del motivo por el que se encontraba ahí. Y cuando ella notó su presencia, sintió que el enorme pesar que la oprimía disminuía un poco ante la vista de aquel hombre que apenas conocía. Y Fernando asistió puntualmente a cada novenario esperando que nunca llegara la novena noche, y deseando que la costumbre estableciera que los obligatorios rezos no terminaran nunca. Pero no fue necesario tamaño sacrificio porque la última noche del compromiso Margarita le dijo:

—Ahora que terminó el último novenario, me imagino que ya no tendrás una razón para venir y ya no volveremos a vernos.

Y él le dijo que no, que si ella quería él volvería todas las noches de su vida y se mirarían por siempre. Y así fue y en 1965 se casaron y se miraron a los ojos hasta que se cumplió lo que el sacerdote les había ordenado y la muerte los separó.

El tata fue conociendo a cada una de las hijas de Margarita y jugaba con ellas enternecido sin recordar a veces si eran sus nietas o sus biznietas, hasta que se dormía bajo los árboles y soñaba con la carta que nunca leyó.

La Chela observaba a las niñas como un gavilán cuidando a sus polluelos como antes había cuidado a las hijas de María Antonia, pero sin acercarse jamás a Nabor. A veces se perdía en la contemplación de cada una de ellas y en sus ojos aparecía una infinita tristeza y unas lágrimas brotaban sin que nadie supiera la razón.

## -- 9 --

Graciela Garibaldi Peña falleció una noche de 1986 después de varios días de debatirse entre la vida y la muerte. Sorpresivamente, los parientes que vivían en aquel alejado poblado a la orilla del mar, y que habían sido avisados del inminente deceso, acudieron al sepelio trayendo consigo numerosos chiquillos que lloraban, hacían ruido y pedían constantemente comida, poniendo en aprietos a María



Antonia que había programado un funeral muy austero que fuera acorde con la vida que había llevado la Chela. La amortajaron con una sábana muy limpia y muy blanca, la colocaron en un ataúd muy sobrio junto con su libro de letras doradas y las horas empezaron a correr lentas y pesadas. El tata Nabor se sentó muy retirado en una vieja mecedora y pasó toda la noche en vela esperando el amanecer. El entierro, al que concurrió muy poca gente se llevó a cabo la tarde siguiente y mientras el ataúd con los restos de Graciela descendía lentamente, la familia Armendáriz se dio cuenta que con ella se iban varias etapas de sus vidas y que la familia misma se iba terminando.

Al día siguiente, María Antonia vio a su padre demacrado y con los ojos hundidos y no pudo evitar un sentimiento de ternura hacia el hombre que la había abandonado durante tantos años, al mismo tiempo que un presentimiento se adueñaba de su alma. Y queriendo apartar de su mente todos esos sentimientos le dijo:

—Caray papá, estoy muy agradecida contigo. Tanto que se odiaban tú y la Chela y tuviste la nobleza y la hombría de velar toda la noche sin dormir ni una hora.

—A huevo— dijo el tata Nabor. Y en sus ojos brillaba un odio y un rencor que no había podido apaciguar el paso del tiempo—. Acostaste en mi cama a todos los chamacos sucios y apestosos a orines. Entonces, ¿dónde me iba a poder acostar yo? Y no creas que no me di cuenta—, agregó temblando de ira—. La amortajaste con una de mis sábanas más nuevas y más limpias y eso no te lo voy a perdonar.

—Cuando menos se llevó de ti algo blanco y limpio— le contestó riendo María Antonia, que como todos sabía del antiguo idilio, aunque no la causa de su ruptura, y se fue a sus quehaceres.

Nabor García murió al día siguiente de una enfermedad que los médicos no pudieron diagnosticar, pero la gente que había sido testigo de la muerte de los padres y los hermanos de Graciela habían desaparecido hacía mucho

tiempo y nadie habló de ninguna maldición. Y al parecer nadie supo nunca nada acerca de aquella inútil carta de amor.

Pero había una persona a quien Fernando encontró por azar, que sí conocía los detalles acerca de la carta y de la traición de José Ramón, pero que había decidido desligarse para siempre de la historia y de la familia Armendáriz. Solo se la confió después de mucho tiempo a su asiduo cliente y ambos juraron guardar un silencio cómplice.

## -- 10 --

Un día que Fernando regresaba de su trabajo sintió el impulso de entrar a una pastelería que quedaba cerca de su casa atraído por un olor que no podía determinar a ciencia cierta a qué mundo lo transportaba. Lo atendió una mujer de alrededor de sesenta años con manos artríticas que acusaban siglos de hornear infinitas delicias. Fernando la estaba mirando sin comprender el motivo de una cierta inquietud, cuando entró una chiquilla con el uniforme de una escuela de gobierno solicitándole a su abuela permiso y dinero para ir con sus amigas a la pizzería de moda. Y por una fracción de segundo él creyó ver dentro de aquel uniforme a su hija Rebeca, tan asombrosamente parecida a la alegre niña que ya iba saliendo del local.

—No vuelvas muy tarde, Chelita— alcanzó a gritarle todavía la abuela—. Tienes mucha tarea que hacer—. Y dirigiéndose a su cliente le comentó—: Quiere ser maestra, pero yo le digo que las maestras sufren mucho.

En la calle él se llevó a la boca un pedazo del pastel que acababa de comprar y ya no le quedó ninguna duda, pues inmediatamente se sintió envuelto en la brisa fresca de los mares del sur con olores de piña, de vainilla y de canela como cuando comía los pasteles que la madre de Margarita preparaba bajo la mirada atenta de la Chela. Pero María Antonia ahora al cuidado de sus nietas hacía mucho tiempo que ya no confeccionaba aquellas maravillas.



Fernando no le contó nada a Margarita. Estimó que era una historia que debía de terminar para que nada dañara a la nueva Graciela.



## Ludivina

Cuando ella entraba, la pequeña tiendita de abarrotes literalmente se iluminaba y se llenaba con su presencia. Porque Ludivina poseía efectivamente una luz divina en sus ojos azules; en su larga cabellera rubia y en su cara siempre sonriente. Era muy alta y muy gruesa pero su cuerpo mantenía una bella proporción de acuerdo con su estatura. Parecía una valquiria sacada de una ópera de Wagner y ocupaba todas las mañanas su lugar muy especial entre los sacos de harina y de azúcar, y las cajas de refrescos que se amontonaban en el mini súper de la señora Linda.

Ludivina era la reina indiscutible de las reuniones mañaneras cuando todas aquellas vecinas de un barrio tranquilo y de clase media dejaban a su marido y a sus hijos robándole unos minutos más a la hora de irse al trabajo y a la escuela, mientras ellas alargaban deliberadamente unos minutos más la compra de una papa o un tomate o el raquíctico cuarto de kilo de carne, al tiempo que cada una relataba cómo llegaba diariamente a la cúspide del sacrificio en aras de mantener la unidad familiar y lograr

con valor espartano que el hogar no se cimbrara desde sus cimientos; al mismo tiempo que sostenía el eterno duelo entre un marido que reclamaba la supremacía del género, y la abnegación de ella, que sufriendo en silencio, tenía que conciliar tantos intereses.

Si los hombres supieran de las pláticas y el cotilleo que sostienen sus mujeres en la tienda de la esquina todos los días, culpándolos a ellos de todas las calamidades hogareñas, tratarían de juntarse más veces con sus amigos en el bar o en el café, contándose entre sí sus problemas con el jefe gruñón de la empresa en donde trabaja, o el estrés que le produce el insensible proveedor de su negocio que no acepta otro cheque a plazos. Y tratarían de equilibrar en parte el concepto de mártires que ellas tienen de sí mismas y la visión dantesca que pintan de ellos, en lugar de quedarse en casa viendo los partidos de fútbol, o arreglando el jardín o sacando a pasear al perro.

Pero Ludivina, con su enorme presencia y su risa que recordaba a un Santa Claus sin barba, salía siempre en defensa de su marido colmándolo de dones y virtudes. Podía estar de acuerdo con los vicios y defectos de todos los hombres del planeta, pero defendía a su Ernesto con toda la pasión de sus ochenta y cinco kilos de peso. Y no es que dijera que su hombre poseyera tales o cuales atributos. No. Simplemente negaba que él fuera culpable de las mismas atrocidades que aquellas mártires prófugas de la cocina achacaban a sus cónyuges. Para eso usaba su frase que la hizo inolvidable en las tertulias mañaneras: "Ernesto no".

—¡Ernesto no!—exclamaba, por ejemplo, cuando María B. contaba, apoyando el dorso de su mano sobre la frente, que su Nacho había pellizcado parte de la quincena para comprar un paquete de cerveza para ver por televisión una pelea de box junto a su vecino, que también había cometido la felonía de comprar una botella de licor barato.

—¡Ernesto no!—decía con una sonrisa que iluminaba su hermosa cara y con un suspiro que salía de lo más hondo de su ronco pecho, cuando Chayito M. contaba casi con

lágrimas en sus ojos todavía sin pintar, que Pancho se había escapado de pesca con sus amigos sin tomar en cuenta que ella le había pedido que la llevara ese fin de semana a la casa de su madre.

Pero aunque Ludivina aseguraba que su marido no se ajustaba al patrón desordenado de conducta de los demás esposos —que habrían de sufrir dantescos castigos en el infierno—, no dejaba ver nunca las bienaventuranzas de que ella era objeto por parte de su cónyuge a quien ninguna de las vecinas había tenido siquiera oportunidad de saludar. Ernesto era jefe de la partida judicial en la ciudad y no tenía una hora fija para arribar a su hogar aunque ni un día faltaba a llegar a su casa. Llegaba en una camioneta pick-up con el logotipo de la dependencia a que pertenecía y vidrios completamente polarizados que no permitían reconocer a nadie dentro del vehículo. Abría el portón eléctrico que devoraba carro y pasajero como la bíblica ballena debió haber devorado a Jonás y de la misma manera salía ante la impaciencia de las vecinas que desesperaban por conocer a aquel prototipo de marido ideal.

La señora Linda, dueña del mini súper que servía de confesionario y expiatorio de sus clientas, también hacía honor a su nombre pues era linda a sus treinta y ocho años de edad. Conservaba un hermoso cuerpo y su bello rostro no acusaba el sufrimiento pasado y que ella trataba de ocultar. Se había divorciado al fin hacía dos años y tenía un hijo y una hija adolescentes por quien tenía que luchar aferrada al estrecho mostrador que según ella simbolizaba su vida y su porvenir.

Si Ludivina era la reina indiscutible en las mañanas, Linda era la juez, o más bien, el árbitro que con su prudencia calmaba los ánimos cuando alguna de las madrugadoras damas, tal vez todavía bajo los efectos de cristalitos de sueño que no habían huido de sus pupilas, trataba de enseñar los trapitos menos limpios de alguna de sus vecinas, o cuando dos de sus respetables compradoras empezaban a sacar las uñas por causa de algún incidente baladí ocasionado por sus hijos.



Linda las tenía relacionadas en su libreta de crédito bajo el nombre de pila de cada una de ellas y una inicial que no correspondía a su apellido como pudiera pensarse —tal y como se acostumbra en Alcohólicos Anónimos—, sino a un adjetivo que las identificase mejor. Así, la B de María no era por Báez o Bojórquez, sino por boquifloja, y la M de Chayito era por majadera y no por Martínez; y así tenía clasificadas a todas sus clientas porque consideraba —después de años de experiencia detrás de su mostrador que era también su sillón de siquiatra—, que era más práctico acordarse de sus defectos y debilidades que de sus apellidos. Pero a Ludivina no lograba encasillarla en ninguna letra, pues cuando la escuchaba referirse a su esposo con una devoción que rayaba en el servilismo, no podía comprender, de acuerdo con los lacerantes recuerdos de su propio y doloroso pasado, si la sonriente y enorme rubia era una mujer profundamente enamorada o una persona atrapada por el miedo.

—“Si Ernesto me dice que es de noche, aunque yo vea el sol brillando en todo su esplendor al medio día, yo acepto que es de noche porque él lo dice”— exclamaba la reina de la luz divina en la mirada, con aquella risa gruesa que denotaba gran satisfacción ante la vida y que estaba en paz con el mundo, pero en la cual a Linda le parecía encontrar un escape ante unos temores que a ella todavía le turbaban el sueño.

—“Y si Ernesto me dice que está lloviendo, aunque el cielo esté despejado y no caiga una sola gota de agua, yo estoy dispuesta a creérselo y hasta siento el olor de la lluvia”—contaba cualquier otra mañana ante el regocijo de las fugitivas de la plancha y de la licuadora, y la íntima angustia de la dueña de la tiendita, que todavía por las noches evocaba con ansiedad el maltrato psicológico a que la había sometido aquel hombre que ella había considerado maravilloso durante los primeros dos años de matrimonio y a quien su inmadurez e inestabilidad emocional le impidieron realizarse en su trabajo. Ante las apremiantes necesidades económicas su desesperación lo llevó a refugiarse en el alcohol, y al recrudecerse en él la

impotencia de lograr algo más en la vida, aumentaron los celos y apareció la agresión física que colmó la paciencia de la valerosa mujer. Logró un divorcio equitativo y consiguió quedarse con la custodia de sus hijos, y su ex esposo había desaparecido de su vida, pero los años de terror y de sufrimiento hicieron que cerrara sus puertas al amor. Instintivamente empezó a sentir un rencor vivo hacia el tal Ernesto, a quien nunca había visto pero a quien consideraba culpable de ejercer un dominio brutal sobre su mujer, y un sentimiento hacía ella que era una mezcla de lástima y desprecio.

Imperceptiblemente, algunas semanas después de que Ludivina se convirtiera en la atracción principal de las reuniones mañaneras entre el olor a quesos y chorizos, las sufridas y abnegadas matronas se percataron que hablaban mucho más acerca de recetas de cocina; del cuidado de sus jardines o de la ropa que se usaba esa temporada, que de los defectos de sus maridos. Es más estos habían pasado a segundo término y ellas hasta mostraban una especie de comprensión por su viejo que llegaba cansado o atribulado por sus problemas en el trabajo ya fuera como empleado o como patrón, y Linda empezó a notar en sus rostros algo que parecía un asomo de comodidad, mientras que la frondosa rubia seguía presentando a su esposo como ejemplo a seguir por todos los hombres.

—“Tenía que salir Ernesto”—exclamaban las señoras a coro cada vez con más frecuencia cuando su amiga lo metía en las pláticas como el ejemplo de alguien a quien se debía de amar y obedecer como un ser perfecto que era.

Una mañana, Ludivina no se presentó a la hora tan estrictamente señalada por las abnegadas amas de casa quienes empezaron a inquietarse por su ausencia temiendo las consecuencias de una enfermedad, pues sabían que vivía sola con su marido. Estaban decidiendo qué hacer al respecto cuando un hombre entró en el local. Era muy alto y aunque andaría tal vez muy cerca de los cincuenta años, lucía un cuerpo ágil, y su rostro, cubierto por lentes negros y un grueso bigote muy bien recortado,



parecía agradable pero marcado por una gran pena. Traía puesta una chamarra negra con un logotipo de alguna dependencia gubernamental y parecía no temerle a nada, aunque esta vez su voz tembló ligeramente cuando se dirigió a ellas.

—Ludivina ha muerto esta mañana—dijo. Les agradecería que me prestaran alguna ayuda mientras llegan sus parientes.

La mamá y dos hermanas de Ludivina llegaron poco más de una hora después, lo que no dejó de sorprender a las vecinas, pues descubrieron que vivían en una población a pocos kilómetros de la ciudad sin que nunca hubieran visitado a la solitaria mujer, lo que puso más en evidencia ante los ojos de Linda la brutal opresión a que Ernesto la sometía, ya que seguramente le prohibía cualquier acercamiento con sus parientes.

Poco a poco fueron llegando más familiares que se fueron haciendo cargo de todos los detalles del funeral mientras el esposo atendía a los amigos y compañeros de trabajo que acudían a darle el pésame. Reflejaba una infinita tristeza y las vecinas empezaron a preguntarse cuánto de aquella actitud era una hipócrita simulación hasta que una de ellas creyó advertir detrás de sus negros anteojos una silenciosa lágrima.

Ludivina había muerto a causa de un ataque cardiaco. Patricia, la hermana mayor le contó a Linda que desde hacía muchos años sufría de diabetes y se había negado sistemáticamente a seguir un tratamiento y a sufrir con las estrictas dietas que le habían recomendado al inicio de su enfermedad, y el azúcar fue minando sus órganos hasta que su dañado corazón no pudo soportar tanto peso y tanto amor.

—Debe de haber sido para ella un tormento no poder ver a su familia ni contar con su apoyo durante su enfermedad—comentó Linda tratando de reconstruir la historia que no conocían de su amiga.

—¡Ay, no!—exclamó sorprendida Patricia—. Nosotras no podíamos venir porque mi mamá hace tiempo que se encuentra muy delicada, pero Ludivina iba todos los fines de semana a visitarnos. Mi cuñado iba con ella a veces, pero por sus asuntos de trabajo muchas veces no podía acompañarla.

Linda recordó de pronto la actitud de sus vecinas y clientes, que tal vez sin ser muy hábiles en cuestión del análisis del comportamiento humano, inconscientemente habían encontrado una lección oculta en aquella conducta de la amiga que se había ido, y empezó de pronto a comprender que tal vez sus propios temores la habían hecho imaginar la vida de Ludivina como una cárcel asfixiante, dominada por aquel hombre dominante que la hacía arrastrar su autoestima. Miró a su alrededor y observó la armonía con que los parientes se consolaban entre sí y se sorprendió ante la deferencia y hasta el cariño con el que trataban al esposo que incómodo recibía las condolencias de amigos y vecinos. Estaba acostumbrado a tratar diariamente cara a cara con la muerte pero ahora que le tocaba en lo más íntimo, un sufrimiento infinito se reflejaba en su rostro. Pero la hermosa comerciante recordaba la risa de Santa Claus de la enorme mujer cuando admitía con manifiesta servidumbre —que según ella la hundía en la vileza—, que su esposo la obligaba a admitir mentiras absolutas ante verdades evidentes. “Si Ernesto me dice que un carro es negro, aunque yo lo vea blanco como la nieve, yo le admito que es negro para que él sea feliz” decía Ludivina, y ante el recuerdo de esas afirmaciones tan abyectas según su patrón de conducta, a Linda le resultaba más difícil reconciliarse con el afligido viudo.

Durante el sepelio, en ese momento impreciso cuando el féretro baja a la tumba mientras los obreros, insensibles al dolor de padres, esposos, hijos y demás familiares y amigos preparan el concreto con el que cubrirán definitivamente los despojos de un ser amado, fue cuando Linda, empujada por la gente, se colocó a un lado de Ernesto. Y el momento aquel en que un sacerdote amigo de la familia de Ludivina empezó a hacer el panegírico de todo lo que ella había



representado en vida haciendo énfasis en su explosiva alegría y en sus ansias de vivir, fue cuando él, con una sacudida de su poderoso cuerpo y una voz quebrada por un auténtico sufrimiento le dijo:

—Era joven todavía, no tenía por qué haber muerto aún.

Ella sabía que no era el momento ni el lugar para efectuar ningún reproche, pero tenía que alimentar su odio hacía aquel tipo de hombres, o desechar la incipiente duda que empezaba a inquietarla, y considerando que difícilmente tendría otra oportunidad en el futuro, le dijo con voz que quería denotar rencor y desprecio:

—Tal vez no hubiera muerto tan pronto si se hubiese sometido a un régimen alimenticio y a un estricto tratamiento contra esa horrible enfermedad—, y luego, titubeando un poco, prosiguió—. Nos extraña a todas las que fuimos sus amigas que usted, con su carácter tan autoritario, que la obligaba a hacer tantas cosas contra su voluntad, no la haya obligado a protegerse a sí misma.

Ernesto se volvió hacia ella y con un gesto de incredulidad y de asombro exclamó.

—¿Está usted hablando en serio? Ella decidió que no terminaría su vida recorriendo por años los pasillos de los hospitales, o como una inválida destrozada en pedazos privándose de todas sus alegrías y alargando el sufrimiento de todos quienes la querían.

—¿Y, sabe una cosa?—le preguntó con una sonrisa triste y con un suspiro que resumía toda la felicidad acumulada por años—. En nuestra casa, desde que nos casamos, siempre se hizo la santa voluntad de Ludivina.

A Linda le pareció escuchar la risa inconfundible de la mujer que había iluminado con su luz divina durante tanto tiempo su negocio y miró a sus vecinas que se disponían a darle el último adiós acompañadas de sus maridos, dispuestas a seguir con la felicidad simple de sus vidas cotidianas. Y no pudo evitar apretar las manos de Ernesto

en un gesto espontáneo de comprensión y de confianza, y se preguntó cuánto tiempo iría a necesitar aquel hombre solitario y endurecido por su profesión para volver a amar y para olvidar a Ludivina.





## Tierra en los ojos

-- 1 --

**M**iró por entre las rejas de su celda a los chamacos que jugaban al fútbol con una pelota de trapo en el terregal del patio de enfrente mientras escuchaba cómo se identificaban entre ellos mismos. Entre la algarabía de los chicos oía que alguno reprochaba a Carlos haber fallado un tiro mientras otro le gritaba a Felipe que triangulara, y así estuvo un buen rato, escuchando la voz cantarina de los muchachos, observándolos hasta que logró identificar a cada uno por sus nombres.

Él mismo no estaba seguro de su propio nombre y no recordaba si se llamaba Armando o Fernando. Desde que alcanzaba a recordar a él le decían "El Tututu" porque la primera manifestación de su vocabulario no fueron las clásicas palabras de "mamá" o "papá", tal vez porque sus padres ya no existían, sino la onomatopeya del lúgubre sonido del tren que pasaba regularmente por su pueblo. Ante la dolorosa sospecha de un posible retraso mental, sus hermanos y su tía lo fueron relegando a una soledad que haría más miserable su existencia.

Se llevó la mano a la cara y palpó la cuenca vacía de su ojo derecho y volvió a hacer un esfuerzo para recordar la causa de aquellos cintarazos y sobre todo de aquel como latigazo que lo había dejado tuerto para toda su vida, pero no recordaba nada justificable para aquel furioso castigo ni lo recordaría jamás por mucho que se esforzara.

Recordaba, sí, a Merceditas y aquel recuerdo traía más confusión a su mente. Se preguntaba por qué la anciana había mentido y había despertado la ira de su tía Griselda para que esta lo castigara de una manera tan brutal si él no había hecho semejante cosa. Su tía lo castigaba severamente en aquellas ocasiones en que el hambre le mordía el estómago y tomaba alguna fruta del frutero que siempre estaba sobre la mesa en espera de unas visitas que a él nunca le permitían ver. Pero en esas ocasiones era un riesgo que él tomaba para saciar su eterna hambre, mientras que ahora, Merceditas había mentido y él había perdido su ojo derecho. Y después de eso empezó a odiarla y quiso asegurarse de que no perdería después su ojo izquierdo.

-- 2 --

Griselda había bajado aquel día rumbo a la casa de Merceditas por un camino bordeado por casas abandonadas y destruidas por el olvido y por los polvos de aquella revolución que tantos hombres abrazaron con sed de justicia social y a la que muchos no alcanzaron a comprender cabalmente, pero que cambió para siempre el destino de toda una nación. Todos los días, con una devoción que parecía más bien una penitencia, visitaba a su amiga que iba deslizándose en los solitarios años de una vejez prematura, al cuidado de dos vacas y tres o cuatro ariscas chivas, que poco a poco producían menos de lo que necesitaban para subsistir amenazándola con precipitarla más pronto en la miseria. Con su inseparable cigarro de hoja, que liaba cuidadosamente y con infinita paciencia antes de llevarlo a sus labios, Mercedes dejaba pasar el día y dejaba pasar los meses aferrada a los recuerdos de los años de esplendor, cuando generales y funcionarios del

gobierno visitaban aquella fastuosa casa ahora derruida casi hasta los cimientos por el vandalismo de la revolución.

Su amiga le llevaba pan y remembranzas y juntas evocaban aquellos lejanos días de inconfesables excesos y diversiones con los alegres jóvenes oficiales que no se preocupaban ante la proximidad de un combate contra una chusma indisciplinada y peor armada. Ellos eran leones vencedores y ellas pretendían aprovechar al máximo los placeres de su juventud porque de alguna manera intuían un mundo que cambiaría su vida para siempre. Por eso Griselda cuidaba del bienestar de su antigua amiga y compañera con un esmero que rayaba en el fanatismo. Porque consideraba que su amiga era la balanza que equilibraba el peso de sus pecados y de sus culpas pasadas que ni siquiera al sacerdote habían querido confesar, y que si Mercedes partía antes que ella, quedaría sola con sus recuerdos y con todo el peso de aquella carga de remembranzas y moriría también ella, arropada por la soledad y los remordimientos.

Por eso todas las tardes le enviaba al Tututu para que le hiciera compañía y ayudara en los quehaceres más elementales a aquella ermitaña mujer a la que la edad no doblaba y que trajinaba todo el día con el cuidado de sus animales, deshaciendo un día lo que el día anterior había construido en una cadena sin fin, como si temiera que al quedarse quieta algún fantasma regresara y depositara una mala helada en su solitario corazón. Y el chamaco tenía que cambiar la carga de leña que un día anterior había colocado en la pared de enfrente, o cambiar un mueble que ya había sido removido en la mañana o limpiar un establo que ya de por sí lucía tan limpio como la propia casa.

Si al Tututu le cansaba aquel trabajo interminable y monótono, lo compensaba con las golosinas y las viandas que le regalaba su ama. Esperaba con impaciencia aquellos dulces en conserva que ella confeccionaba con frutillas del monte que recogía por las mañanas, de nombres extraños pero con un sabor agridulce que a él le encantaba; las asaderas con leche de apoyo escurriendo en el zarzo, o el



norote, aquel sedimento negro de la caña que la mujer conseguía con los arrieros que venían de allá, arriba, de las montañas cubiertas de bruma, y lo que esperaba con más ansias: aquellas deliciosas migas de maíz de receta secreta que se había perdido en el tiempo pero que al inocente muchacho le encantaban.

### -- 3 --

Aquella tarde Griselda llegó más temprano que de costumbre a visitar a su amiga y comenzó la plática insustancial de dos amigas que ya no tienen nada que decirse porque se lo han dicho todo a través de los años. Hacía mucho tiempo que no hablaban de su pasado aunque ambas sabían que cada una pensaba constantemente en ello. Las asaltaba el recuerdo con cualquier sonido que rompiera el pesado silencio del pueblo, lo mismo en las notas de una melancólica melodía que ensayaba la única banda del lugar o en el llanto que les traía desde muy lejos el aire diáfano del verano de un recién nacido que exigía su alimento para sobrevivir y los recuerdos se amontonaban en sus mentes y silenciosas lágrimas corrían por sus rostros. Pero los recuerdos de aquellas noches de desenfreno y de pasión; de aquellas inconfesables consecuencias, y los fantasmas de aquellos apuestos y orgullosos oficiales enfundados en sus elegantes uniformes que caerían acribillados por las balas de aquella chusma a la que en tan poco habían tenido, esos no desaparecerían jamás.

De pronto, Griselda notó el silencio que envolvía la casa y preguntó:

—¿Y el Tututu, Merceditas? Te lo mandé hace mucho.

—Aquí andaba hace rato—contestó ella, mientras se cambiaba su cigarro de hoja de una comisura a la otra—. Pero tal vez se enfadó porque no hay que hacer y me echó tierra en los ojos y se me desapareció—concluyó, utilizando la absurda metáfora de la sabiduría popular.

—No puedo creer que haya hecho semejante cosa—dijo Griselda denotando una gran confusión, mientras la ira

iba apoderándose de ella cada vez con más fuerza—. Pero llegando a casa lo voy a moler a cintarazos. ¡Yo le voy a enseñar a respetar a sus mayores!

—No es para tanto, amiga—dijo Mercedes condescendiente—. Estaba enfadado y se quería ir al río, con este calor que está haciendo. Posiblemente ahí esté ahora.

—Yo lo voy a arreglar—contestó Griselda llena de ira.

Y se fue sin pensar que iba a desencadenar una tragedia.

#### -- 4 --

El Tututu había estado agazapado detrás de un alto ropero buscando un poco de fresco en aquel día tan caluroso de mediados de agosto. Podía oler el aroma del cedro y el perfume de los primorosos manteles bordados y de la ropa inmaculadamente blanca que se encontraban dentro del mueble que su dueña había atesorado desde los tiempos en que la familia era numerosa y gozaban de fastuosas riquezas, de alegría y felicidad y que ella había logrado sustraer y ocultar antes de que la vorágine de la contienda destruyera todo a su paso. Ahora, después de tantos años, ella sabía que un día esos encajes y manteles y la finísima cristalería que la solitaria mujer conservaba serían objeto de rapiña cuando la última de la familia De la Rocha rindiera su tributo a la tierra.

Afuera, el sol resplandecía inclemente y en el aire sofocado solo se escuchaba el monótono e insistente canto de un grillo provocando una somnolencia en el muchacho y sintió otra vez la necesidad urgente de irse al río cercano y hundirse en sus aguas hasta el atardecer como aquella tarde en que se fue sin avisar y Merceditas dijo aquella mentira.

Ahora, después de algunos días de aquellos brutales cintarazos, su tía Griselda lo había obligado a volver a cuidar a la amiga y él estaba sentado a un lado del ropero mientras la mujer preparaba las migas de maíz con piloncillo que a él tanto le gustaban y que acompañaba





con leche recién ordeñada. Le habían curado las heridas que habían quedado en carne viva y ya no le dolían, pero sabía que con su ojo derecho jamás volvería a mirar y sintió de nuevo ganas de hundirse en el río que lo llamaba pero para irse debía proteger primero su ojo izquierdo por si Merceditas volvía a decir aquellas mentiras.

Cuando alzó la pesada mano del metate sobre la cabeza de la anciana tuvo un momento de vacilación porque pensó que nunca volvería a probar las frutas en conserva; las deliciosas asaderas y los deliciosos quesos y requesones recién preparados ni las deliciosas migas con que Mercedes trataba de saciar el insaciable apetito que siempre lo acompañaba. Pero resonó en sus oídos la voz de su tía Griselda que a cada golpe con el cinto le gritaba aquello que él no comprendía:

—¿Por qué le echaste tierra en los ojos a Merceditas? Dime, mal nacido. ¿Cómo te atreviste a llenar de tierra los ojos de una anciana?

Aquella era una mentira y Merceditas la había dicho y él había perdido su ojo derecho. Y el calor era agobiante y él quería irse al río pero tenía que dejar a salvo su ojo izquierdo.

Por eso descargó varias veces la pesada piedra en la cabeza de la mujer.

## -- 5 --

El Tututu seguía mirando por entre los barrotes de su celda a los niños que jugaban con la pelota de trapo y pensó que si no fuera por la falta de su ojo derecho, él podría estar jugando junto con ellos. Merceditas dijo que él le había echado tierra en los ojos y era mentira, pero a consecuencia de eso él había perdido el suyo. Y de pronto tuvo la certeza de que debía proteger el que le quedaba si quería algún día jugar al fútbol con los muchachos a quien ya conocía hasta por sus nombres.

Tendría que protegerlo sobre todo de su tía Griselda, que creía todo lo que le contaban acerca de él y que ahora se había quedado tan sola sin su amiga y con los altivos recuerdos de una revolución que habían perdido. Tenía que salvar su ojo izquierdo de los arrebatos de furia de su tía Griselda que no tardaría en llegar a traerle aquellos mendrugos que no lograban nunca apaciguar su hambre.





## Veinte centímetros de fatalidad

**D**on Octavio dio un pedaleo más a su vieja bicicleta y pensó que todavía le faltaba dar muchos pedaleos para llegar a su casa. Las calles estaban revestidas únicamente con grava y esto hacía más difícil el avance para sus cansadas piernas. Hacía ya mucho tiempo que las autoridades venían prometiendo pavimentar todas las calles de una población que crecía desmesuradamente, pero las anchas avenidas seguían llenas de polvo y de baches que se anegaban con las lluvias.

El viejo pensó con amargura que tal vez él ya no vería el progreso que prometían los políticos que primero pedían su voto y después lo exprimían con sus impuestos, pero su cara se iluminó en la noche al pensar que sus nietos sí vivirían en un mundo diferente y más feliz. Teodora, su única hija, se casaría al día siguiente y a él le quedaba toda la noche por delante para preparar las ricas barbacoas de res y de puerco, con especias tan exóticas y misteriosas, sacadas de antiguas recetas heredadas de sus antepasados, que hacía temer a don Octavio que iba a morir con el secreto de su preparación antes de tener un descendiente varón a quien transmitírselo.

Pero esa noche sonreía feliz ante la ilusión de que pronto vendría un nieto, y cuando pescaran el niño y él, allá, en el remanso del río, bajo los álamos centenarios, le confiaría los secretos de la preparación de los pescados; de las aves y sobre todo de su famosa barbacoa. Con alegría infantil palpó el juego de filosos cuchillos que utilizaba en su oficio de tablajero, y dio un pedaleo más que lo acercaría a su inevitable destino.

Allá, más adelante, apenas iluminados por los antiguos arbotantes, dos jóvenes ciclistas fueron abordados por un hombre que caminaba errático por el medio de la calle. Tras un breve intercambio de palabras y después de un movimiento que a la distancia a don Octavio le pareció intimidatorio por parte del sospechoso individuo, el muchacho más corpulento le entregó su bicicleta y acto seguido, montados él y su amigo en la otra, se alejaron un trecho hasta que algún desperfecto los hizo detenerse.

En ese momento, don Octavio llegó junto al desconocido y su mundo y sus ilusiones se derrumbaron.

-- 2 --

Muchos años después, Germán Méndez encontró a Teodora trabajando en las bandas de clasificación de una empresa maquiladora que se había instalado en la ciudad, y le pareció contemplar de improviso su propia y tremenda realidad. Había conocido a la muchacha durante los largos meses de interrogatorios y careos a que habían sido sometidos él y su amigo Rolando y no la había vuelto a ver desde que se dictó la sentencia de su padre. Teodora nunca había sido bonita, pero su cuerpo joven y esbelto, su larga y brillante cabellera y sus negros ojos que en aquella época todavía reflejaban alegría por la ilusión de su próximo matrimonio que hubo que posponerse—por un corto tiempo, según el novio—, hacían de ella una chica agradable que reflejaba unas inmensas ansias de vivir.

Ahora, Germán vio a una mujer gruesa, de pelo corto y áspero oculto bajo la redecilla obligatoria en las obreras,

con unos ojos opacos que lo observaban con una mirada descarada y en los que le pareció percibir algo de rencor. Calculó que andaría cerca de los treinta años ya que tendría dieciocho aquella noche en la víspera de su truncado matrimonio.

—¿Tú eres Germán, verdad?—le preguntó ella con mucha confianza.

—¿Y tú eres Teodora, la hija de don Octavio?—dijo él, más como una afirmación que como una pregunta—. Yo me fui de aquí por mucho tiempo y regresé hace apenas muy pocos días.

Y luego agregó, tratando de cuidar las palabras:

—Y no me he enterado en qué terminó aquel incidente con tu papá.

—Ya ves—dijo ella con un tono de burla y de amargura—, de nada sirvieron tus declaraciones y las de tu amigo, ni los careos y alegatos. Los abogados le dieron largas al asunto, nos exprimieron hasta el último centavo y a mi padre le dieron varios años de cárcel aunque pronto ahí se murió de tristeza porque no lo soportó.

—Nosotros declaramos exactamente lo que sucedió—contestó Germán, como disculpándose después de tantos años—, y fue una lástima que los abogados fueran tan ineptos y que no supieran defenderlo.

La mujer se quedó callada por un momento y no hizo ningún comentario.

—¿Te casaste?—preguntó él después, aunque al observar más detenidamente los modales descarados y la ropa exageradamente provocativa de ella, comprendió que la pregunta no tenía sentido.

Ella lanzó una carcajada procaz mientras seleccionaba hábilmente los pepinos que pasaban con rapidez por la banda sin fin y le dijo que no, que el novio se había sentido



abrumado por los acontecimientos sucedidos la noche previa al día de la boda y que había aprovechado cualquier pretexto para deshacer el compromiso, y que desde entonces los hombres solo la habían visto con el estigma de ser la hija de un homicida y todos habían tratado de aprovecharse de su situación.

El joven experimentó un sentimiento que no supo si era de comprensión o de autocompasión, pues recordó las palabras de su antiguo jefe, el gerente general del Banco Comercial, Agrícola y Ganadero cuando le dijo con mirada acerada y una voz sin emoción que los bancos eran animales asustadizos a los que había que cuidar con mucho celo, y que un empleado que había participado, aunque fuera indirectamente en un asesinato, podría poner nerviosos y predisponer a muchos de sus valiosos clientes y acto seguido le dijo que pasara a la caja por su liquidación.

Ya estaba cercana la hora de salida y apareció el Jefe de turno. Consultó el reloj y dirigió a la obrera una mirada cómplice que revelaba algo mucho más allá de una relación laboral, acompañada de un imperceptible gesto. En ese momento sonó el silbato que indicaba el fin de turno y tras un murmullo de despedida, ella se alejó y salió por la misma puerta por la que el hombre había desaparecido.

Al recordar a aquella muchacha tan humilde y tan apegada a las tradiciones familiares y mirar a la nueva Teodora, Germán trató de imaginarse qué tanto habría luchado realmente para evitar que los hombres se aprovecharan de ella, y de pronto se dio cuenta de que el incidente de aquella lejana noche, de alguna manera, directa o indirectamente, a todos les había alterado la vida y los planes que tenían para el futuro. Se subió al montacargas que manejaba ocho horas diarias movilizandolos y el encuentro con Teodora hizo renacer en él el recuerdo de Julieta y al cobrar más conciencia de su mediocridad renació el odio hacia aquella noche y no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.



Venían de una fiesta en donde habían celebrado el final del tercer grado de preparatoria. Eran amigos desde niños, desde el primer día en que con los ojos llenos de miedo y llanto, ingresaron a una de las dos escuelas primarias del lugar. Su amistad se había mantenido inalterable y habían acudido a las mismas escuelas públicas de enseñanza secundaria y preparatoria, aunque ya para entonces había más opciones de donde escoger. Habían descubierto juntos el sabor de las primeras cervezas y habían disfrutado uno y otro el devaneo con los mismas chicas en incontables amores de verano, amores fugaces que morían al llegar las vacaciones. Pero ahora, la vida de cada uno tendría que tomar su propio rumbo y los días casi infantiles de cine y fiestas quedaban atrás. La madre viuda de Germán no podía costear los estudios universitarios de su hijo y este ya había conseguido un empleo como auxiliar de cartera en un banco de la localidad. La madre le había diseñado ya un futuro pleno de felicidad y en el cual la seguridad lo acompañaría toda la vida. Estudiaría contabilidad en una escuela nocturna, y una vez que recibiera su diploma que lo acreditara como un brillante profesional, ascendería a los más altos puestos de la banca, se casaría con la dulce Julieta, lo trasladarían a una ciudad importante, muy lejos del insostenible lugar donde vivían, y como en los cuentos de hadas que se anidaban en la mente febril de la solitaria mujer, terminaría sus días rodeada de nietos y olvidada de las penurias que día tras día tenía que afrontar.

Lo cierto era que el hijo era incapaz de contrariar a su madre que había perdido a su marido cuando Germán apenas había cumplido un año de edad, y confiaba plenamente en los planes de la indomable mujer y se disponía a cumplir inexorablemente con su destino, aunque lo único real en aquel mosaico de sueños, era su incipiente trabajo y la sonrisa de Julieta.

La sonrisa de la chica era una complaciente mezcla de aceptación de las frivolidades de los años adolescentes y una firmeza de principios ante la realidad, y fue la causa



de que Germán quedara atrapado entre el conformismo de su madre y el tesón de Julieta para encarar los retos de la juventud. Se conocieron en la preparatoria cuando él cursaba el tercer año y ella llegó con su familia de algún lugar del norte de la república. Y ese carácter protector de las mujeres que las impulsa a proteger al hombre que, a su juicio, necesita una cierta dosis de ayuda para su superación, la llevó a intimar con el soñador joven y al terminar el último semestre todos sabían que eran novios. El padre de Julieta era un acaudalado agricultor que había llegado para aprovechar las fértiles tierras de la región y pronto se convirtió en el principal consejero de la institución bancaria en donde laboraba Germán. La madre de este sonreía con satisfacción, pensando que el futuro que había diseñado para su hijo se encontraba a la vuelta de la esquina.

Y esa noche venían elaborando sus planes para el día siguiente, ya que Rolando se iría a la capital del estado a inscribirse en la Escuela de Derecho y tal vez ya no se verían en mucho tiempo.

Venían cada uno en su bicicleta deportiva, lujo que pronto quedaría empolvado en los desvanes de sus casas como último testimonio de una adolescencia que estaba ya por terminar, cuando vieron delante de ellos a un hombre que caminaba dando traspiés en la calle engravada. Cuando lo alcanzaron, el hombre les hizo una seña para que se detuvieran al tiempo que les ordenaba con voz tartajosa:

—Denme sus bicicletas.

—¿Por qué te las vamos a dar?—preguntó Rolando que era quien había quedado más cerca del desconocido. Era ya muy alto y fornido para su edad; había practicado el baloncesto casi como una religión y su cuerpo era ágil y fuerte. Una ola de estupor y de coraje lo invadió ante el evidente atraco y su primer impulso fue defender su bicicleta y la de su amigo. Pero el hombre respondió, con la misma voz casi ininteligible:

—Porque yo quiero—dijo. Y al decirlo metió la mano entre su raída chaqueta y Rolando no quiso averiguar si el arma con que tácitamente lo estaba amenazando era una pistola o un puñal y le entregó a regañadientes su bici. Él y Germán miraron hacia atrás y vieron un hombre que avanzaba hacia ellos también en bicicleta, pero venía todavía muy lejos para que pudiera prestarles ayuda.

El desconocido se tambaleaba y los jóvenes pensaron que se encontraba simplemente bajo los efectos del alcohol, ya que en aquella época y en aquella tranquila ciudad, no podían concebir a una persona bajo el influjo de las drogas. Rolando hizo una seña a su amigo y se montaron los dos en la frágil máquina de este. Mucho tiempo después los dos habrían de comentar la imprudencia de aquel acto ya que hubieran podido ser alcanzados por algún disparo si el atacante portaba alguna arma de fuego. De cualquier manera, el peso de ambos era demasiado para la bicicleta y a escasos cincuenta metros se salió la cadena y tuvieron que bajarse a colocarla nuevamente en los engranes. Fue en ese momento que el ciclista que habían observado muy atrás, llegó a la altura del lugar en donde se encontraba un hombre al que ninguno de los tres ciclistas había visto nunca en su vida.

Todavía con la bicicleta de Rolando en la mano, el hombre obligó al recién llegado a detenerse exigiéndole que le entregara la suya llevando la mano debajo del raído saco con el mismo ademán amenazador que había utilizado anteriormente con los jóvenes. De pronto, los hombres se trenzaron en una incómoda lucha entre manubrios, tubos y pedales, y cuando los muchachos vieron brillar, bajo la débil luz de los arbotantes el reflejo de un cuchillo, montaron nuevamente en la frágil bicicleta y llegaron a la cercana comandancia de policía en dónde explicaron atropelladamente lo sucedido.

Cuando volvieron al lugar de los hechos a bordo de la camioneta de la policía, encontraron a don Octavio detenido por un viejo velador de una negociación cercana que había despertado de su apacible sueño al oír el rumor



de la riña pero que no se había percatado del inicio de la misma y ahora lo apuntaba con un viejo y oxidado rifle calibre 22. El desconocido, quien nunca fue identificado, fue encontrado trescientos metros más adelante con una sola cuchillada en el vientre que lo hizo desangrarse hasta morir y aunque llevaba consigo una respetable cantidad de marihuana, no se le encontró ninguna arma en su poder. Germán y Rolando aprovecharon el descontrol ocasionado por las órdenes que se contradecían y tomando sus bicicletas se retiraron a sus casas creyendo que ahí terminaría el incidente y que solo la recordarían por siempre como una interesante aventura nocturna.

#### -- 4 --

Rolando llegó a su casa y se dirigió a su habitación sin hacer el menor ruido. No quiso contar nada de lo ocurrido aquella noche pues consideró que el par de cervezas que se había tomado horas antes daría lugar a un enfrentamiento con su padre, un hombre altivo, prepotente y orgulloso que vivía prisionero de viejos prejuicios y se perdía en un fantasioso pasado lleno de heráldicas, pergaminos y títulos nobiliarios que jamás, ni remotamente había logrado autentificar. Se hacía llamar Don Ramón López-Valle y de la Fuente, aunque su nombre real era Ramón López Valle. Había añadido el guión y todo lo demás hacía muchos años, en los tiempos en que no era indispensable acreditar la identidad con tantos papeles plagados de firmas y sellos oficiales y fue aceptado inmediatamente por la sociedad de un pueblo ávido de celebridades. Fue presidente de la Cámara de Comercio sin que se le hubiera conocido comercio alguno; se desempeñó como Director de la Policía Municipal sin conocimiento alguno sobre sistemas de seguridad; se hacía pasar por escritor sin que se le conociera obra publicada pero era solicitado por los círculos literarios de la ciudad y en alguna administración fue regidor del Ayuntamiento. Pero ese brillo del que hacía gala con los amigos se transformaba en sombras en su hogar. Rolando y su madre lo amaban y le temían sin que pudieran distinguir la línea que separaba ambos sentimientos. El padre cumplía con su obligación de



mantener económicamente su casa y su familia, pero el hijo y la esposa nunca pudieron penetrar más allá de las primeras capas de su corazón, pues él se negaba a dar pie a cualquier sentimiento más íntimo, como si quisiera guardar algún secreto que al quedar descubierto pudiera hacer pedazos su mundo. Por eso Rolando no se animó a contarle los sucesos de los que había tomado parte y se fue directamente a dormir y por lo mismo, esa misma noche, los celos de don Ramón se hicieron realidad.

En la madrugada bajaron de una patrulla dos policías uniformados y un individuo vestido de civil que portaba una pistola escuadra en la cintura, y en el coche, en el asiento trasero venía acurrucado Germán. En el patio trasero de la residencia de los López-Valle y de la Fuente había una camioneta tipo Van con el motor encendido y dos hombres cargándola con pesadas cajas de madera bajo las órdenes del señor López Valle. Era una casa bien construida pero sin muchas pretensiones, situada en la esquina de dos de las calles más tranquilas de la ciudad. A la entrada principal se podía acceder por una de las pocas calles pavimentadas de la colonia mientras que en la otra se encontraba una enorme puerta corrediza que daba a una especie de almacén. De momento los policías no se interesaron en la camioneta ni en las maniobras que se llevaban a cabo a esa hora y se dirigieron directamente al dueño de la casa.

—Despierte a su muchacho don Ramón—dijo el hombre vestido de civil—, él también tendrá que declarar.

El padre de Rolando hizo un movimiento instintivo como tratando de cubrir con su cuerpo las cajas al tiempo que buscaba en su cintura una pistola que ni su hijo ni su mujer habían visto jamás. Pero se quedó inmóvil, adivinando que todo aquel mundo irreal que había construido a base de mentiras y engaños había llegado a su fin.

—Mi hijo no sabe nada de este asunto—respondió, tratando de conservar una ecuanimidad que estaba muy lejos de sentir—. Yo soy el único responsable de este asunto y mi familia desconoce todo esto, señores.



Los policías se miraron entre sí asombrados de la respuesta y de la actitud del importante y conocido caballero y entonces repararon con más interés en los movimientos que se estaban llevando a cabo en la camioneta a horas tan inusuales.

En aquel tiempo y en aquel poblado los policías no entendían de las sutilezas que representaban una orden de cateo o un allanamiento de morada. Destrozaron las cajas de madera tan cuidadosamente embaladas y dejaron al descubierto un considerable contrabando de armas que incluía rifles de alto poder, armas de asalto, granadas, pistolas de diferente calibre y miles de cartuchos.

Muchos años después, cuando Germán visitó a su amigo en su modesto negocio de reparación de equipos de refrigeración, recordaron la larga cadena de meses en que tuvieron que declarar con lujo de detalles, la misma versión según la cual, ellos y don Octavio fueron asaltados y amenazados por un desconocido. Y Rolando le confió que desde el momento en que aquel hombre al que nunca habían visto les dijo “denme sus bicicletas” su carrera como abogado se había esfumado y Germán a su vez aceptó que cuando el gerente del Banco Comercial Agrícola y Ganadero le dijo aquello de que las instituciones bancarias eran animalitos asustadizos, todo aquello no era más que una secuela de los sucesos de aquella noche y que fue entonces cuando se despedazaron en mil pedazos los fantasiosos planes tan cuidadosamente elaborados por su madre y el sueño de amor con Julieta.

-- 5 --

Cuando don Octavio llegó a la altura donde se encontraba el estrafalario individuo sosteniendo una bicicleta en sus manos, iba sonriendo todavía al imaginar que su nieto, que algún día nacería, añadiría nuevas y exóticas especias a las salsas que él pensaba enseñarle. Y fue entonces cuando se repitió la escena que había tenido lugar unos momentos antes:



—Dame tu bicicleta—le dijo el hombre.

Y cuando don Octavio le preguntó que si porqué tenía que dársela y el otro le respondió que porque él así lo quería haciendo el ademán de sacar un arma, el viejo matancero vio amenazado su humilde patrimonio y pensó que no llegaría a tiempo esa noche para empezar a preparar la deliciosa barbacoa para la boda de Teodora y un furor sordo se apoderó de él. Observó a dos muchachos que unos metros más adelante arreglaban una bicicleta y calculando las posibilidades de que vinieran en su ayuda, se arrojó contra el asaltante y comenzó una desigual lucha dada la diferencia de edad entre los dos contendientes y el estado de intoxicación del desconocido, y aunque el viejo desconocía qué clase de arma portaba el otro, sacó uno de sus filosos cuchillos que eran la cotidiana herramienta de su profesión y lo hundió lentamente en el vientre de su agresor.

Don Octavio no sintió coraje ni odio en contra del delincuente mientras hundía lentamente el cuchillo en su estómago. Solamente pensaba que era un estorbo que le impedía llegar pronto a su casa en donde tenía que preparar la boda de su hija para que la familia y sus amigos comieran su deliciosa y tradicional barbacoa. Habría además música y baile, festejarían con abundante bebida y después, su hija y su esposo se irían solos, a un lugar muy íntimo, a empezar a darle forma al ser que llenaba todas sus esperanzas y colmaba todas sus ilusiones.

Ya era viejo y murió un año después en la cárcel sin que los abogados pudieran hacer nada por su causa. Murió de tristeza cuando comprendió que él mismo había matado su hermoso sueño. Pero nunca supo que en cada centímetro que enterraba de la filosa hoja, se llevaba también los proyectos de vida y las ilusiones de tantas personas. Mientras se hundía, una parte de la hoja de acero destrozaba el futuro de un joven pusilánime a quien su madre había trazado un camino de una sola dirección que desembocaría en un mítico lugar de dicha y prosperidad, pero un camino al fin que no había resistido el peso de las brutales responsabilidades que tiene que enfrentar



la vida diaria ni la rígida e hipócrita moral de los señores del dinero, ni había soportado siquiera la liviandad de un amor adolescente que no alcanzó a comprender que el secreto del amor es más grande que el secreto de todas las muertes. Al viajar otro tanto hacia los órganos vitales de un desconocido, el arma homicida de veinte centímetros derrumbó el engaño insostenible de un hombre que cargaba el peso de una doble vida y deshizo de un plumazo los planes y el futuro de un brillante y joven estudiante que merecía ser feliz. Y lo más absurdo y trágico de los acontecimientos es que al llegar a la empuñadura de aquel cuchillo que fuera su herramienta de trabajo, don Octavio derrumbó también el mundo futuro de su nieto por cuyo amor había obrado tan impulsivamente, y que había precipitado a un despeñadero a su adorada hija Teodora, que día tras día se hundía cada vez más en la perdición.



## Canastita de ilusiones

**E**ntré a nuestro propio cuarto de las infamias, donde tenemos arrumbados nuestros recuerdos, tratando de encontrar un viejo libro olvidado y allá, en el fondo de la fría habitación, entre papeles, discos y revistas a quienes el tiempo iba ganando la batalla, estaba la canastita de Gilda. Era una preciosa cestita de talavera poblana adornada con dibujos hechos por las expertas manos de artesanos y de artistas de aquella región, que inmediatamente trajo a mi mente una avalancha de recuerdos.

Gilda era bonita, inteligente, alegre y el mundo reía con la risa de Gilda. Con todos estos atributos era de esperarse que todos los jóvenes se consumieran en la hoguera de la pasión por culpa de la bella muchacha sin que esta se decidiera a deshojar la margarita que haría tan feliz a uno como infelices a tantos. Así estaban las cosas cuando llegó al pueblo Robertito Escobosa y Gilda se enamoró del recién llegado porque nadie conoce el corazón de las mujeres y el forastero se enamoró de ella. Y es que el tal Robertito Escobosa hablaba inglés, aunque nadie en el pueblo pudiera decir qué tan fluido lo hablaba; aseguraba haber viajado mucho, pero no comprobaba qué fronteras

había cruzado Y se presentaba como un joven ejecutivo de negocios sin que se le conociera negocio alguno.

Un día, Robertito Escobosa se presentó ante Gilda con una canastita de porcelana en las manos y ofreciéndosela le dijo:

—Ten, llénala de ilusiones. Tengo que salir a Nueva York y al volver nos casaremos. Y se fue.

Gilda empezó a llenar de ilusiones su corazón y su alma, pero pronto comenzó a sentir que el peso de llenar una canasta, aunque fuera de ilusiones cada día más lejanas, podría lastimar su espíritu. Y la primorosa cestita empezó su camino hacia el cuarto de las infamias. Y fue cuando apareció en su camino Gumaro Jiménez.

Este Gumaro Jiménez era un hombre que no se hacía poéticas ilusiones acerca de la vida y del dinero. Compraba ganado en la costa y lo subía a la sierra para engordarlo y al bajarlo lo vendía con beneficio. Como nadie ponía en tela de juicio su negocio y su creciente fortuna, fue recibido con todas las atenciones en la casa de Gilda y con grandes esperanzas se casaron y la canastita y las ilusiones desaparecieron de su vida.

Yo sí volví a ver a Robertito Escobosa muchos años después en Guadalajara. Tenía una isla en el pasillo principal de una lujosa plaza comercial y vendía todo tipo de billetes de lotería y lo reconocí por el énfasis con que trataba de venderle un entero a un caballero que se resistía a comprarlo y no pude evitar una sonrisa al imaginarme que seguía tratando de venderle ilusiones a las personas que por ahí pasaban.

Yo le compré un cachito del número 19428.

Y desde luego, no gané nada.

## Conversaciones en el IMSS

**A**cudí como siempre a mi cita al IMSS con un ligero libro en la mano para soportar las largas horas que tendría que esperar para entrar a consulta. Con mi libro me olvidaba de lo que era un mar de dolor a mi alrededor. A los pocos minutos de mi llegada se sentó a mi lado un hombrecito que inmediatamente, y para mi desespero, empezó a hablar y hablar en una plática que nos incluía a todos. No parecía tener mucha cultura pero cambiaba de tema con mucha facilidad y con conocimiento de lo que hablaba, y ya que llevaba una pulcra y modesta camisa de cuadros azules, no pude evitar relacionarlo con el personaje de "Forrest Gump", a quien no le importaba si hacían caso de su plática. Como el tiempo pasaba y la recepcionista no llamaba al conversador individuo, aunque sí voceaba a pacientes que habían llegado después de él, me atreví a preguntarle por qué no investigaba si acaso se había extraviado su expediente y lo que me contestó me dejó asombrado: No,—me dijo—.Yo vengo por las tardes a platicar para mitigar en algo mi soledad. Tengo dos hijos que ya hicieron su vida de casados y una hija que está estudiando en otra ciudad, así que aunque no tenga

cita ni necesite del Seguro, me vengo a huir del calor y a disfrutar de una buena plática con personas de mi edad. ¿Y sabe qué?— añadió—. Que hemos descubierto que lo que parece un huracán en nuestras vidas, no es más que una lluvia de verano. Miré en torno mío y observé gente en silla de ruedas o con muletas; personas con el brazo enyesado o arrastrando su equipo de suero, en fin, un mundo de dolor. Pero todos reflejaban en sus ojos un inmenso deseo de vivir. Dejé a un lado mi libro y me dispuse a disfrutar la amena plática de mi nuevo amigo.



## Intolerancias

**E**ran jóvenes y bellos y tanto él como ella pertenecían a las familias más acaudaladas de la ciudad. Por tanto, todo el mundo aseguraba que pronto llegarían al altar y serían felices por una eternidad.

Y sí, se casaron pero la eternidad fue muy breve ya que solo duró unas horas, justo el tiempo que tardaron en llegar a su tálamo de amor, ya que un animalejo pasó corriendo raudo por el medio de la recámara haciendo que la chica lanzara un grito desgarrador.

—¡Un ratón!—gritó a punto de deshacerse de miedo.

—Es una rata—dijo él tratando de calmarla. Mañana compraré veneno para ratas y nos desharemos de ese horrible bicho.

—Es que no es rata—insistió ella—. Era ratón, le vi sus ojillos asquerosos y sus bigotes.

—Era rata—, insistió el joven esposo, sintiendo ya menoscabada su autoridad—. Conozco perfectamente ese

tipo de bichos y esta era una rata y mañana la mataré.

—No me quieres y para todo estás en mi contra. Si esto es ahora ¿qué será después? Mañana me voy a casa de mamá.

—Vete, pues—, a ver si te soportan tus caprichitos y tu carácter de niña mimada—. Y lo curioso que esto ocurrió después de tantos años de idílico noviazgo.

Y sobrevino el divorcio y cada quien tomó por su camino. Y el asunto se olvidó cuando se terminaron los comentarios.

Un día, con motivo de la boda de unos amigos mutuos, la pareja de aquellos jóvenes e inexpertos enamorados se encontraron frente a frente, y como se dice que carbón que ha sido braza con cualquier chispita prende, y como consideraron que los años les habían enseñado sus lecciones, decidieron reanudar su amor y ser felices para siempre. Así que se casaron y decidieron ser felices hasta el final de sus días.

—¿Te das cuenta, amor, lo necios que hemos sido y cuántos años de felicidad hemos desperdiciado por algo tan tonto y tan ridículo?— dijo el muchacho.

Y luego, con un hondo suspiro y mirando tiernamente a su mujercita añadió—. Y todo por una rata.

—No era rata, mi amor—, dijo ella, mimosa—. Era ratón....





## índice

|                                 |            |
|---------------------------------|------------|
| Prólogo                         | <b>7</b>   |
| Los valientes                   | <b>11</b>  |
| El tiempo dará lugar            | <b>21</b>  |
| El infractor                    | <b>31</b>  |
| Cuentecito navideño             | <b>39</b>  |
| La patética lucha               |            |
| de Ambrosio contra el Don       | <b>43</b>  |
| La banda de los robapantalones  | <b>53</b>  |
| Una razón para escribir         | <b>69</b>  |
| Una inútil carta de amor        | <b>79</b>  |
| Ludivina                        | <b>97</b>  |
| Tierra en los ojos              | <b>107</b> |
| Veinte centímetros de fatalidad | <b>115</b> |
| Canastita de ilusiones          | <b>127</b> |
| Conversaciones en el IMSS       |            |
| Intolerancias                   | <b>131</b> |

**Ludivina y otros cuentos**

de Melchor Mendivil Castro

Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2018

en los Talleres Gráficos de Colegio de Bachilleres

del Estado de Sinaloa.

La edición consta de 500 ejemplares.